

Adam Smith y los fundamentos morales de la Economía política Alessandro Roncaglia*

Documento de trabajo n.º 251

25 de mayo de 2026

ABSTRACTO

La economía política de Adam Smith se comprende mejor como parte de una investigación más amplia sobre los seres humanos y la sociedad, en lugar de como una teoría estrecha de la autorregulación del mercado. Este trabajo sitúa La riqueza de las naciones dentro del proyecto intelectual más amplio de Smith, que incluye sus escritos sobre filosofía moral, retórica, jurisprudencia y método científico. Enfatiza la complementariedad entre el interés propio y la simpatía, la centralidad de la división del trabajo en la teoría del desarrollo económico de Smith y el papel de las instituciones, la justicia y la acción pública en el sostenimiento de la sociedad comercial. El trabajo también revisa las teorías de Smith sobre el valor, los precios, la distribución y la competencia, argumentando en contra de las interpretaciones que asimilan a Smith a la teoría moderna del equilibrio general o

* Profesor Emérito de la Universidad Sapienza de Roma

Este documento de trabajo es un capítulo del próximo estudio de Alessandro Roncagli sobre la historia del pensamiento económico, que será publicado por Cambridge University Press. Consulte el [análisis aquí](#).

Se reduce la “mano invisible” a una doctrina de optimización automática del mercado. Smith emerge, en cambio, como un teórico de la interdependencia social, el desarrollo histórico y la complejidad institucional.

<https://doi.org/10.36687/inetwp251>

Códigos JEL: B12, B31, B41, D46, O10

Palabras clave: Adam Smith; economía política clásica; Ilustración escocesa; división del trabajo; simpatía; interés propio; teoría del valor; competencia; mano invisible; historia del pensamiento económico

1. Vida y escritos¹

Adam Smith nació en 1723 en la pequeña ciudad de Kirkcaldy (con una población aproximada de 1500 habitantes en aquel entonces), en la costa este de Escocia. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento; solo se sabe que debió ser unas semanas después de la muerte de su padre, un funcionario de aduanas, ocurrida en enero, y antes del 5 de julio, día de su bautizo. El joven Smith tuvo una infancia tranquila, criado por su madre Margaret con la ayuda de parientes —una familia de terratenientes de posición económica acomodada— hasta 1737, cuando se trasladó a Glasgow para asistir a la universidad local. Entre sus profesores, su favorito fue Francis Hutcheson.

En aquella época, los catorce años no eran una edad infrecuente para ingresar en la universidad, que en realidad era una especie de escuela secundaria superior. El joven Adam ya había estudiado algo de latín en Kirkcaldy y fue admitido inmediatamente en las clases de griego; también tomó clases de lógica, que aparentemente seguían la tradición aristotélica pero que también incluían algunos desarrollos recientes (Descartes y Locke), de filosofía natural, de matemáticas y física (Los Elementos de Euclides y los Principia Mathematica de Newton) y de filosofía moral (con Francis Hutcheson).

En el sistema educativo escocés, en todos los niveles, los alumnos pagaban a sus profesores curso por curso. El salario total de estos últimos dependía, por tanto, de la valoración que sus alumnos hicieran de su docencia: un sistema que el propio Smith experimentaría más tarde como profesor y que consideraría muy superior al de las grandes universidades inglesas como Oxford, financiadas con fondos públicos y donaciones privadas, donde los profesores, al recibir un salario fijo, no tenían ningún incentivo para dedicarse con entusiasmo a su profesión.

Fue precisamente en Oxford, en el Balliol College, donde Smith continuó sus estudios a partir de 1740, gracias a una beca (la beca Snell) que le garantizaba 40 libras anuales durante once años, como preparación para una carrera eclesiástica. Como hemos visto, Smith no se adaptó a la célebre universidad inglesa, tradicionalista y autoritaria como era. El aprendizaje memorístico, la lectura de resúmenes en lugar de obras originales, era la norma. Se imponían a los estudiantes temas tradicionalmente aceptados —Aristóteles una y otra vez—, pero la carga de trabajo no era pesada; las oraciones obligatorias predominaban sobre las lecciones obligatorias, y Smith tenía mucho tiempo para pasar en la biblioteca Bodleiana, dedicándose a sus propios intereses, «quizás desafiando a los guardianes de la ortodoxia de Oxford» (Ross 1995, p. 78). Por ejemplo, el joven Adam fue castigado cuando lo sorprendieron leyendo el Tratado de la naturaleza humana (1739-40) de David Hume, un partidario de un teísmo vago y que más tarde se convertiría en uno de los mejores amigos de Smith. Puede que estas lecturas hayan disuadido a Smith de la idea de dedicarse a la carrera eclesiástica.² Así, después de seis años difíciles, en 1746 Smith

¹ Véase la biografía meticulosamente compilada por Ross (1995). El primer biógrafo de Smith fue su alumno Dugald Stewart (1753-1828). Cabe mencionar también, al menos, a West (1976).

² En el protestantismo, que Smith declara ser su propia religión (1977, pp. 67-68), valora sobre todo «el preciado derecho al juicio individual por el cual nuestros antepasados expulsaron al Papa y al Pretendiente». Cuando impartía clases en Glasgow, Smith pidió ser eximido de la oración tradicional al comienzo de las lecciones, y se dice que sus oraciones estaban, en cualquier caso, inspiradas por la «religión natural» (Ross, 1955, p. 118).

Decidió regresar a Escocia, a Kirkcaldy, donde pasó dos años estudiando por su cuenta y escribiendo algunos ensayos sobre temas literarios y filosóficos.

Durante tres años, de 1748 a 1751, Smith impartió conferencias públicas en Edimburgo sobre retórica y literatura inglesa, con cierto éxito en cuanto a público y financiación (alrededor de cien personas pagaban una guinea al año cada una para escuchar al joven conferenciante, mientras que los patrocinadores, entre ellos Lord Kames, sufragaban los gastos). Gracias a la fama obtenida con estas conferencias, en 1751 Smith se convirtió en profesor de la Universidad de Glasgow, ocupando primero la cátedra de lógica (aunque sus clases se centraban esencialmente en la retórica, al igual que sus conferencias en Edimburgo) y posteriormente la cátedra de filosofía moral.³ Esto implicaba impartir clases sobre teología natural, ética, jurisprudencia y, en el mismo conjunto de lecciones, política y economía política.

De esos años conservamos las notas de un curso de retórica, impartido por un estudiante entre 1762 y 1763, halladas en 1958 y publicadas en 1963 (Smith 1983), y las notas de dos cursos de jurisprudencia (impartidos entre 1762 y 1763 y entre 1764, descubiertos respectivamente en 1958 y 1895 y publicados en 1978 y 1896: Smith 1978). Estos textos, además de tener un considerable interés en sí mismos —para el estudio de la naturaleza humana y las formas de comunicación, y para el análisis de las instituciones y su desarrollo a lo largo de la historia—, demuestran que el autor ya tenía claros, antes incluso de entrar en contacto con los fisiócratas franceses, los temas principales que se entrelazarían en *La riqueza de las naciones*.

En ese mismo período, Smith escribió y publicó su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*. (1759); tuvo éxito y alcanzó seis ediciones antes de la muerte de Smith. Entre los lectores del libro se encontraba Charles Townshend, padrastro del joven duque de Buccleuch, quien invitó a Smith a ser su tutor y acompañarlo en un viaje por el continente. La propuesta resultó atractiva, no solo por la renta vitalicia de 300 libras, sino también por la perspectiva de entrar en contacto directo con los centros culturales más vibrantes de la época. Smith aceptó y, a principios de 1764, renunció a su cátedra en Glasgow. Los viajes por el continente le brindaron la oportunidad de conocer a Voltaire en Ginebra, y en París a d'Alembert, Quesnay y muchos otros.

Escocia gozaba entonces de una vida cultural bastante activa, relativamente libre (sobre todo en comparación con el autoritarismo y el conformismo que imperaban en las universidades inglesas) y rica en sentido común, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales; pero el verdadero centro de la vida intelectual europea era Francia, en especial París. Cuando Smith llegó allí, Quesnay había publicado unos años antes su *Tableau Économique* (1758-59), mientras que Turgot aún no había publicado sus *Réflexions*. La cultura de la *Encyclopédie* (cuya publicación comenzó en 1751), basada en la fe en la razón y el progreso, también se hacía sentir en otros países europeos, pero la vitalidad de los célebres salones parisinos era única. La estancia en París ofreció a Smith estímulos que desarrollaría en los años siguientes.

³ Sobre las experiencias de Smith como profesor y sobre sus alumnos, véase Ross 1995, págs. 128-56.

⁴ Sobre los viajes de Smith por el continente y sobre sus actividades como tutor, véase Ross 1955, págs. 195-219.

Al finalizar sus viajes por el continente, gracias a la renta vitalicia del duque de Buccleuch, Smith pudo dedicarse por completo a la composición de *La riqueza de las naciones*, en el tranquilo entorno de su ciudad natal, Kirkcaldy, donde vivió con su madre entre 1767 y 1773. En 1773 se trasladó a Londres para supervisar la impresión de su libro, que, sin embargo, le llevó tres años más de trabajo. Finalmente, el 9 de marzo de 1776, el libro de economía más famoso de todos los tiempos llegó a las librerías, donde fue recibido con entusiasmo por el público (el libro tuvo cinco ediciones en doce años). Su gran amigo Hume le escribió una carta entusiasta al respecto.

Tras una larga enfermedad, David Hume falleció ese mismo año. Smith escribió un relato de los últimos meses de vida de su amigo, destacando su estoica valentía: publicado en 1777, «me granjeó diez veces más críticas que el ataque tan violento que había lanzado [en *La riqueza de las naciones*] contra todo el sistema comercial de Gran Bretaña» (como el propio Smith escribió en una carta a Andreas Holt en octubre de 1780).

En 1778, consultado sobre la situación en América, Smith redactó un memorándum en el que defendía la adopción de un sistema tributario uniforme para Gran Bretaña, Irlanda y las colonias americanas, acompañado de la elección de representantes de estas últimas poblaciones al Parlamento (sobre la base del principio comúnmente resumido en el lema «sin impuestos, sin representación»). Además, Smith previó la pérdida de las colonias americanas (con la excepción de Canadá) y el desplazamiento gradual del centro económico y político de Inglaterra a América.

En 1778, Smith fue nombrado Comisionado de Aduanas de Escocia; por lo tanto, se trasladó a Edimburgo acompañado de su madre. Allí vivió tranquilamente (aunque profundamente afligido, en 1784, por la muerte de su madre), cumplió escrupulosamente con sus deberes y editó meticulosamente las nuevas ediciones de sus libros, hasta su fallecimiento el 17 de julio de 1790. Siguiendo sus instrucciones, los albaceas de su testamento destruyeron dieciséis volúmenes de manuscritos.

2. Método

Sería un error ignorar los escritos "menores" de Smith, incluyendo los apuntes de sus clases tomados por los estudiantes, y concentrarse únicamente en *La riqueza de las naciones*, aunque esto es lo que han hecho las generaciones pasadas de historiadores del pensamiento económico. Como veremos en el siguiente capítulo...

⁵ El relato afectuoso de los últimos meses de la vida de Hume está escrito en forma de carta al editor William Strahan (1715-1785), fechada el 9 de noviembre de 1776 (Smith 1977, pp. 217-21), publicada posteriormente, con el consentimiento de Smith, en un folleto (Hume 1777, pp. 37-62). Las últimas líneas de la carta muestran la gran estima que Smith sentía por Hume: «En general, siempre lo he considerado, tanto en vida como después de su muerte, lo más cercano a la idea de un hombre perfectamente sabio y virtuoso, en la medida en que la naturaleza de la fragilidad humana lo permite». Sobre el tema, véase Ross 1995, pp. 288-304. La carta a Holt se encuentra en Smith 1977, pp. 249-53; la cita está tomada de la p. 251.

⁶ Smith era amigo desde hacía tiempo de Benjamin Franklin (1706-1790), uno de los protagonistas de la independencia de los Estados Unidos, a quien conoció en Glasgow en 1759 y con quien mantuvo contacto a través de William Strahan. Al igual que su maestro Hutcheson y otros intelectuales de la época, Smith también se declaró en contra del comercio de esclavos (cf. Ross 1995, p. 171).

La sección « La teoría de los sentimientos morales» resulta particularmente decisiva para comprender la noción de «interés propio» en la que Smith se basó en su análisis más estrictamente económico. Incluso las « Lecturas sobre retórica y bellas letras», aunque aparentemente alejadas de la economía en su contenido, son importantes, junto con los «Ensayos sobre temas filosóficos», para comprender algunos aspectos del método de investigación adoptado por Smith.

Nuestro punto de partida es, de hecho, uno de estos ensayos, la Historia de la Astronomía (cuyo título completo, significativamente, es: Los principios que guían y dirigen las investigaciones filosóficas; ilustrados por la Historia de la Astronomía). Schumpeter (1954, p. 182) destaca este ensayo entre todas las obras de Smith como el único que realmente merece elogios; y no únicamente por amor a la paradoja, ya que La metodología "liberal" de Schumpeter parece muy similar al enfoque de Smith.

El punto de partida de Smith en el campo de la epistemología también se basó en el análisis de las motivaciones de la acción humana. En su opinión, nuestra actitud hacia las teorías científicas se explica por tres «sentimientos»: «asombro, sorpresa y admiración». El asombro surge ante «lo nuevo y singular», la sorpresa ante «lo inesperado» y la admiración ante «lo grandioso o bello». «La naturaleza», decía Smith, «parece abundar en acontecimientos que se presentan solitarios e incoherentes con todo lo que los precede, lo que perturba el fluir de la imaginación»; la tarea de la filosofía (definida como «la ciencia de los principios que conectan la naturaleza») es «introducir orden en este caos de apariencias discordantes y discordantes», «representando las cadenas invisibles que unen todos estos objetos inconexos». De este modo, la filosofía «convierte el teatro de la naturaleza en un espectáculo más coherente y, por lo tanto, más magnífico».

Para llevar a cabo esta tarea de indagar en la naturaleza, se construyen «sistemas filosóficos» (como las dos visiones cosmológicas diferentes, la ptolemaica y la copernicana) que —subrayó Smith— son «meras invenciones de la imaginación, para conectar los fenómenos de la naturaleza, de otro modo inconexos y discordantes».⁷ En otras palabras, el intelectual («filósofo») que considera el mundo e intenta interpretar su funcionamiento tiene un papel activo, creando teorías en lugar de descubrirlas. Con esta tesis, Smith se opuso a la idea galileana (compartida por Petty) según la cual la tarea del científico consiste en revelar (en el sentido etimológico literal de quitar los velos que las cubren) las «leyes de la naturaleza» que constituyen el esqueleto del mundo real.

Todo esto no debería sorprender a nadie: al fin y al cabo, en este sentido Smith simplemente sigue los pasos de su gran amigo David Hume.

De esta forma también podemos interpretar la desconfianza que Smith manifestó hacia los cálculos políticos de Petty. No se trataba, como algunos comentaristas han sostenido, de dudar de los datos estadísticos que los politólogos construyen con un notable esfuerzo de imaginación, en una situación donde la recopilación de estadísticas era rudimentaria. Para Smith, se trata más bien de negar la idea.

⁷ Smith 1795, p. 33. El origen de la noción de Smith de asombro como fuente del deseo de conocimiento es Aristóteles Metafísica (I.2.982b); cf. Vivenza 1984, pp. 15 y 42.

⁸ Ibid., pág. 45.

⁹ Ibid., pág. 46.

¹⁰ Ibid., pág. 105.

de una estructura matemática de la realidad, que Hobbes y luego el sensismo de Condillac ya habían extendido al cuerpo humano, y que Petty y los aritméticos políticos extendieron al "cuerpo político", es decir, la sociedad.¹¹

Los «sistemas filosóficos», aunque «invenciones de la imaginación», pueden ayudarnos a orientarnos en el caos de los acontecimientos reales. Sin embargo, es evidente que no es posible verificar las teorías demostrando su correspondencia con supuestas leyes naturales, a menos que asumamos que tales leyes tienen una existencia real independiente de las propias teorías (a menos que, es decir, tales leyes estén inscritas, por así decirlo, en el mundo real, y no sean una creación de nuestro pensamiento). Smith no aborda este problema. Feyerabend y McCloskey proponen resolverlo haciendo referencia al «discurso honesto» y 'retórica'. Sin embargo, es interesante observar que el propio Smith, en las Lecciones sobre retórica, (1983, p. 178), propuso el método de la retórica, con especial referencia al modelo de los procedimientos legales, como la forma de seleccionar las proposiciones que deben aceptarse y las que deben rechazarse.¹² Sin embargo, esta idea debe entenderse (con una conexión, típica de Smith, entre ética y teoría del conocimiento) en términos de la noción del espectador imparcial. Como veremos en la siguiente sección, a este espectador podemos asignarle el papel de árbitro, en este caso no de lo que es justo y lo que es injusto, sino (provisionalmente, no absolutamente) verdadero y falso.

De este modo, Smith adoptó una metodología flexible que dejaba margen para un buen grado de eclecticismo. Además, el abandono de la idea de una estructura matemática intrínseca a la realidad equivale a atribuir a los hombres un conjunto complejo de motivaciones, cuyo equilibrio es objeto de la Teoría de los Sentimientos Morales. Estos elementos —la desconfianza hacia la idea de leyes naturales rígidas e inmutables en su realidad objetiva, tanto en el mundo natural como en el humano, y la apertura sistemática al reconocimiento de la complejidad de las motivaciones de la acción humana— fueron característicos de la Ilustración escocesa, el entorno cultural en el que Smith creció y al que contribuyó con sus escritos.

3. El principio moral de la simpatía

Como ya hemos visto, el contexto general del trabajo de Smith fue el debate sobre las diferentes motivaciones de la acción humana. En resumen, su contribución consistió en señalar la complementariedad entre la búsqueda de intereses propios y la atribución de un papel central a las reglas morales para el buen funcionamiento de la vida común en sociedad. Esta interpretación, sostenida por los editores de la

¹¹ En muchos aspectos, esta visión smithiana reaparece en Keynes.

¹² Estas ideas tienen una larga historia. Basta con recordar la oposición de los sofistas a la tesis de Sócrates (y Platón) sobre La existencia de la Verdad, cuyo descubrimiento debe ser el objetivo de la investigación filosófica. Los sofistas, en cambio, proponían un debate abierto sobre los elementos a favor y en contra de cualquier tesis, pues no creían que ninguna fuera verdadera en un sentido absoluto. Sobre la tesis smithiana de la retórica como instrumento de investigación, véase Giuliani 1997. Como subraya Giuliani (ibíd., p. 205), «la retórica es el método de indagación en el ámbito de la opinión y la verdad probable». En este sentido, también observamos una afinidad significativa entre las ideas de Smith y las de Keynes.

La edición crítica de las obras de Smith,¹³ surge de la lectura de sus dos obras principales, *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*, como complementarias en lugar de contradictorias.

La tesis de una contradicción entre ambas obras prevaleció durante un tiempo, constituyendo lo que se ha denominado el problema de Adam Smith. Según esta tesis, la defensa de la libre búsqueda del interés propio dentro de una economía de mercado propuesta por Smith en *La riqueza de las naciones* correspondería a la postura madura del economista escocés. Se considera que Smith la alcanzó tras rechazar la posición que defendió inicialmente en *La teoría de los sentimientos morales*, según la cual el comportamiento solidario entre los miembros de una comunidad es necesario para la supervivencia misma de la entidad colectiva.¹⁴ Esta tesis resulta insostenible si recordamos que *La teoría de los sentimientos morales* se reimprimió repetidamente, siempre bajo el control del autor, quien aprovechó la oportunidad que ofrecía la reimpresión para introducir cambios en la obra, incluso después de la publicación de *La riqueza de las naciones*. ¡Smith habría tenido una personalidad esquizofrénica si hubiera presentado simultáneamente a sus lectores dos obras contradictorias! Además, en la correspondencia de Smith no hay indicio alguno de que él mismo o alguno de sus correspondientes vieran la más mínima contradicción entre ambas obras.

El error de quienes argumentan una contradicción entre ambas obras, y por ende entre el interés propio y la ética de la simpatía, es un ejemplo típico de una lectura sesgada por las tendencias teóricas (y culturales, en el sentido amplio del término) predominantes en la época del intérprete. En nuestro caso, la prevalencia de una noción unidimensional del ser humano¹ llevó a los comentaristas a considerar contradictoria la presencia simultánea de dos motivaciones en las acciones humanas. Deberíamos recordar, en cambio, que en el siglo XVIII la presencia simultánea de pasiones e intereses, incluso contradictorios, como fundamento de la acción humana se consideraba un hecho con el que había que lidiar. Más bien, la complementariedad que propone Smith entre el principio moral de la simpatía y el interés propio constituye tanto la base de una noción del ser humano más rica y compleja que las propuestas posteriormente, como una contribución teórica que sigue siendo de gran relevancia.

La teoría de los sentimientos morales se centra en la propuesta del "principio moral de la simpatía", cuya importancia como motor del comportamiento humano ya había sido defendida por Hume.

¹³ Los seis volúmenes de la edición de Glasgow de las obras y correspondencia de Adam Smith (editada por DD Raphael y AS Skinner, Oxford University Press, Oxford 1976-1983; reimpresión anastática en rústica, Liberty Press, Indianápolis, 1981-1985) incluyen *La teoría de los sentimientos morales*, editada por AL Macfie y DD Raphael; *La riqueza de las naciones*, editada por RH Campbell y AS Skinner; *Ensayos sobre temas filosóficos*, editado por WPD Wightman; *Lecciones sobre retórica y bellas letras*, editado por JC Bryce; *Lecciones sobre jurisprudencia*, editado por RL Meek, DD Raphael y PG Stein; *Correspondencia*, editada por EC Mossner e IS Ross.

La bibliografía sobre Smith es inmensa y sigue creciendo; podemos mencionar a Macfie (1967), Skinner y Wilson (1975), Wilson y Skinner (1976), Winch (1978), Pack (1991), Skinner y Jones (1992) y Aspromourgos (2009). Hollander (1973b) ofrece una interpretación radicalmente diferente, sosteniendo la tesis —repetida insistentemente, pero muy raramente investigada— de que Smith es fundador de la teoría del equilibrio económico general; para una crítica de dicha tesis, véase más adelante.

¹⁴ Esta tesis fue desarrollada por un grupo de académicos alemanes en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente por Carl Knies. Para referencias a esta bibliografía y un análisis crítico detallado de su tesis, véase Raphael y Macfie (1976).

¹⁵ Esta visión puede vincularse con el utilitarismo benthamita y con la posterior afirmación de lo subjetivo. teoría del valor en el marco del marginalismo.

(1739-40).¹⁶ Según Smith, «la mayor parte de la felicidad humana surge de la conciencia de ser amado»; la simpatía, es decir, la capacidad de compartir los sentimientos de los demás, nos lleva a juzgar nuestras acciones en función de sus efectos en los demás, además de sus efectos en nosotros mismos. Así, el ser humano «debe... humillar la arrogancia de su amor propio y rebajarlo a algo con lo que otros hombres puedan estar de acuerdo...

En la carrera por la riqueza, los honores y los ascensos, puede esforzarse al máximo, poniendo a prueba cada nervio y cada músculo para superar a todos sus competidores. Pero si los agrede o los derriba, la indulgencia de los espectadores se acaba por completo. Es una violación del juego limpio, algo que no pueden tolerar.

Este tipo de actitud moral es un requisito indispensable para la supervivencia misma de las sociedades humanas: «La sociedad... no puede subsistir entre quienes están siempre dispuestos a dañarse y perjudicarse mutuamente». ¹⁷

En otras palabras, las ideas liberales de Smith se basan en una doble premisa: que, por lo general, cada persona conoce mejor que nadie sus propios intereses, y que entre esos intereses se encuentra el deseo de ser amado por los demás y, por ende, el respeto por el bienestar ajeno. La primera premisa explica el rechazo a una gestión centralizada de la economía, incluso si esta estuviera a cargo de un príncipe ilustrado; de ahí la preferencia por una economía de mercado sobre una economía planificada. La segunda premisa constituye, dentro del marco smithiano, una condición esencial para asegurar que la búsqueda del interés propio por parte de una multitud de agentes económicos que compiten entre sí conduzca a resultados que favorezcan el bienestar de la sociedad. La distinción entre interés privado y público se convierte en oposición, en conflicto irreconciliable —dijo Smith en esencia— solo si el interés privado se interpreta de manera restrictiva, como egoísmo en lugar de interés propio, que implica atención a los propios intereses moderada por el reconocimiento (o, mejor, «simpatía») por los intereses de los demás.¹⁸ En una sociedad civilizada, basada en la división del trabajo y el comercio¹⁹ —el objeto declarado del análisis de Smith — este conflicto también se contrarresta con leyes y regulaciones destinadas a orientar hacia el bien común el comportamiento humano impulsado por el interés personal.

Otro elemento central en la teoría de los sentimientos morales es la noción del "espectador imparcial".²⁰ Según Smith, los individuos evalúan sus propias acciones adoptando el punto de vista

¹⁶ Sin embargo, el significado atribuido a dicho principio es algo diferente en los dos autores: con el término simpatía, Hume "entiende la comunicación de sentimientos, y Smith entiende el mecanismo psicológico que proporciona un acercamiento a la reciprocidad de sentimientos" (Ross 1995, p. 183).

¹⁷ Smith 1759, págs. 41, 83, 86: I.ii.5.1; II.ii.2.1; II.ii.3.6.

¹⁸ En La teoría de los sentimientos morales, Smith critica los «sistemas licenciosos», en particular el de Mandeville: «La gran falacia del libro del Dr. Mandeville reside en representar toda pasión como totalmente viciosa, cuando lo es en cualquier grado y en cualquier dirección. Así, trata como vanidad todo aquello que tiene alguna relación, ya sea con lo que son o con lo que deberían ser los sentimientos de los demás; y es mediante esta sofistería que llega a su conclusión favorita: que los vicios privados son beneficios públicos» (Smith, 1759, págs. 312-3: VII.ii.4.12). Una visión clara del interés propio, que no se reduce a la monomanía por la acumulación de riqueza (o, dicho de otro modo, a un comportamiento maximizador unidimensional), se evidencia, por ejemplo, en el siguiente pasaje: «¿Qué se puede añadir a la felicidad del hombre que goza de buena salud, está libre de deudas y tiene la conciencia tranquila? Para alguien en esta situación, se puede decir con razón que cualquier ganancia inesperada es superflua; y si se eleva mucho gracias a ellas, debe ser el efecto de la más frívola ligereza» (Smith 1759, p. 45: I.iii.1.7).

¹⁹ Cf. Smith 1776, p. 26: I.ii.2. La noción de una sociedad comercial civilizada es un lugar común de la Ilustración, pero se remonta al pensamiento jurídico medieval: Giuliani (1997, p. 84) recuerda a este respecto la noción de honesta utilitas.

²⁰ Sobre la noción del espectador imparcial, y más generalmente sobre la filosofía moral de Smith, véase Raphael 2007.

de un espectador imparcial que, dotado del conocimiento de todos los elementos que conoce, juzga tales acciones como un ciudadano común.²¹ Las instituciones jurídicas, cuyo funcionamiento es indispensable para garantizar la seguridad del intercambio de mercado, encuentran en este principio de conducta moral el apoyo concreto necesario. Así, la afirmación más famosa de Smith, según la cual «no es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de donde esperamos nuestra cena, sino de su propio interés», no debe considerarse aisladamente. En este contexto, implica la premisa — vital para el funcionamiento de una economía de mercado— de una sociedad civilizada, fundamentada en la aceptación general del principio moral de la simpatía y dotada de las instituciones administrativas y jurídicas necesarias para abordar los casos en que se viola la moral común.²²

Lo que Smith intentó, siguiendo la tradición de la escuela sociológica escocesa, fue la difícil tarea de definir una tercera vía para la teoría del hombre y la sociedad, que difiriera tanto de la tradición aristotélica como de los filósofos del derecho natural mencionados anteriormente. Smith rechazó

El absolutismo arbitrario que la estructura social y política de su época heredó del feudalismo, y que puede asociarse con la tradición aristotélica. Sin embargo, también rechazó el contractualismo de Hobbes, según el cual un Estado, aunque ilustrado y benevolente, domina la vida de sus súbditos. Es a este estatismo, del que están impregnadas las teorías «mercantiles», a lo que Smith se oponía, incluso más que a la identificación mercantilista de la riqueza con el dinero y a la tesis de la preferencia por una balanza de pagos activa.

siendo la propia interpretación de Smith de la historia del pensamiento económico que le precedió, propuesta en el cuarto libro de *La riqueza de las naciones*, aunque en muchos aspectos parece forzada.

Smith propuso la línea de una mayor confianza en la capacidad de autogobierno de los individuos: «Sin duda, todo hombre, por naturaleza, está recomendado ante todo a su propio cuidado; y como está mejor capacitado para cuidar de sí mismo que de cualquier otra persona, es justo y correcto que así sea».²³

²¹ Naturalmente, esta tesis presupone la existencia de una base cultural común (en sentido amplio) para los individuos que pertenecen a un sistema social determinado. En este sentido, la referencia a la economía-nación habitual en la tradición de la economía política clásica implica dificultades relativamente menores en comparación con la referencia moderna a la economía mundial. economía.

²² Smith 1776, pp. 26-7: I.ii.2. Este pasaje, o variantes del mismo, también aparece en las Lecciones sobre jurisprudencia y en el borrador inicial de partes de «*La riqueza de las naciones*» (reimpreso en Smith 1978, pp. 562-81). Cf. Smith 1978, pp. 348: LJ-A, vi.45-46; 493: LJ-B, 219-20; 571-2: Borrador inicial, 23. La referencia de Smith a la benevolencia es una forma implícita de llamar la atención sobre la tesis de su maestro Hutcheson, quien le atribuyó un papel importante como guía para la acción humana. Cabe destacar que en una sociedad en la que los comerciantes no sintieran ningún reparo en vender alimentos adulterados (y en la que los comerciantes que lo hicieran no serían demandados por la justicia estatal), la producción para el autoconsumo aumentaría, con la consiguiente regresión en la división del trabajo y, por ende, el declive económico, al que inevitablemente seguiría el declive cívico.

²³ Smith 1759, p. 82: II.ii.1. El pasaje se repite con casi la misma redacción más adelante en el texto (*ibid.*, p. 219: VI.ii.1.1): «Cada hombre, como solían decir los estoicos, está recomendado ante todo a su propio cuidado; y ciertamente, cada hombre es, en todos los sentidos, más apto y capaz de cuidar de sí mismo que de cualquier otra persona». Como podemos ver, Smith no afirma que cada hombre sea más apto que nadie para cuidar de sí mismo, sino que cada hombre es más apto para cuidar de sí mismo que para cuidar de cualquier otra persona. La diferencia no es enorme; sin embargo, la meticulosidad y la cautela de Smith se hacen patentes en tales ocasiones, matizando su liberalismo. John Stuart Mill retoma esta tesis (sin citar a Smith) en su famoso ensayo *Sobre la libertad* (Mill 1859, p. 76): Cada persona "es la persona más interesada en su propio bienestar".

Sin embargo, la libre búsqueda del interés personal se topa con dos límites: uno externo al individuo (la administración de justicia, una de las funciones fundamentales que Smith atribuye al Estado) y otro interno, la «compasión» por sus semejantes. El recurso simultáneo a estos dos elementos demuestra cómo Smith, fiel en esto a la tradición aristotélica de hostilidad hacia las posturas extremas, tenía una visión positiva, aunque no idealizada, del ser humano.

24

Smith (1759, p. 77: II.i.5.10) fue explícito al respecto:

En este momento no estamos examinando sobre qué principios aprobaría un ser perfecto el castigo de las malas acciones, sino sobre qué principios aprueba de hecho una criatura tan débil e imperfecta como el hombre. ... La existencia misma de la sociedad exige que la malicia inmerecida y no provocada sea refrenada mediante castigos apropiados. ... Por lo tanto, aunque el hombre esté naturalmente dotado del deseo del bienestar y la preservación de la sociedad, el Autor de la naturaleza no le ha confiado a su razón la tarea de descubrir que cierta aplicación de castigos es el medio adecuado para alcanzar este fin, sino que lo ha dotado de una aprobación inmediata e instintiva de la aplicación más apropiada para lograrlo.

Es precisamente desde la visión no idealizada del hombre y la sociedad que surgen los diversos ejemplos de intervención estatal que pueden atribuirse a Smith.²⁵

En resumen, según Smith, diversos elementos confluyen para garantizar la supervivencia y el desarrollo de las sociedades civilizadas: un comportamiento moral basado en el sentimiento de simpatía (fundamentado, por tanto, en un sentimiento innato en el ser humano, no impuesto desde fuera), la fuerza motriz de un interés personal bien concebido, un conjunto de normas y costumbres jurídicas, e instituciones públicas diseñadas, entre otras cosas, para garantizar la administración de justicia. Esta visión se presenta como fundamentada en un sólido sentido común; al mismo tiempo, es fruto de una refinada elaboración teórica que abarca todo el campo de las ciencias sociales e implica, paso a paso, una cuidadosa selección entre las diferentes tradiciones culturales y corrientes de pensamiento que contribuyeron a la vitalidad del siglo de la Ilustración.

²⁴ Esta visión de la naturaleza humana constituyó un elemento central de la Ilustración escocesa, pero estaba muy extendida. Por ejemplo, también Kant (un año menor que Smith) adoptó una posición similar a la de Smith (una de sus favoritas). Lecturas, por cierto: cf. Ross 1995, pp. 193-4; la traducción alemana de *La teoría de los sentimientos morales* data de 1770). Comparemos dos pasajes: «La arcilla tosca de la que está formada la mayor parte de la humanidad no puede ser moldeada hasta tal perfección» (Smith 1759, pp. 162-3: III.5.1); «De una madera retorcida, como aquella de la que está hecho el hombre, nada completamente recto puede salir. Solo la aproximación a esta idea nos es impuesta por la naturaleza» (Kant 1784, p. 130). Antes de Smith y Kant, la idea de una naturaleza humana sustancialmente benevolente fue sostenida, por ejemplo, por Hutcheson y Shaftesbury, quienes la opusieron a la tesis de una naturaleza humana sustancialmente egoísta argumentada en particular por Hobbes y Mandeville.

²⁵ Viner (1927) recuerda tales ejemplos para criticar las interpretaciones de Smith 'como un defensor doctrinario de *laissez-faire*' (ibid., p. 112). El artículo de Viner, uno de los exponentes más autorizados de la primera escuela de Chicago, es una crítica ante litteram del lema de Stigler en las celebraciones del bicentenario de *La riqueza de las naciones*: «Smith está vivo y coleando, y vive en Chicago». Este lema aúna dos nociones distintas: el liberalismo político, que se refiere principalmente a las instituciones políticas, y el libertarismo económico, centrado en la libertad de acción dentro del ámbito económico. Ambas nociones pueden coexistir, como en el caso de Luigi Einaudi; pero la distinción es importante, como lo demuestran las aperturas de neoliberales como Friedman y Hayek hacia la sangrienta dictadura de Pinochet en Chile.

4. La riqueza de las naciones

Como hemos visto, las contribuciones de Smith abarcan muchos campos: retórica, filosofía moral, jurisprudencia y economía política. Este último campo es al que Smith debe su fama.

Sin embargo, es importante destacar que sus reflexiones sobre este tema (y, por lo tanto, el libro en el que se ilustran, *La riqueza de las naciones*) forman parte de una investigación más amplia sobre los seres humanos y la sociedad: dos elementos que, como sostenía su maestro Hutcheson, constituyen en realidad un único objeto de estudio.²⁶

La obra **Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones** (Smith, 1776) se subdivide en cinco libros. El primero trata sobre la división del trabajo (y, por lo tanto, el progreso tecnológico), la teoría del valor y la distribución de la renta; el segundo aborda el dinero y la acumulación; el tercero es una breve y sugerente reflexión sobre la historia de las instituciones y la economía desde la caída del Imperio Romano; el cuarto ilustra de forma crítica las doctrinas mercantiles y los principios fisiocráticos; finalmente, el quinto trata sobre los gastos e ingresos públicos y, de forma más general, sobre el papel del Estado en la economía.

El punto de partida de la reflexión económica de Smith es la división del trabajo. Su objetivo es explicar el funcionamiento de un sistema económico en el que cada persona se dedica a una tarea específica y cada empresa produce un bien específico.

La división del trabajo no es un fenómeno nuevo, y Smith no es el primero en llamar la atención sobre ello. Schumpeter (1954, p. 56) lo llamó "este eterno lugar común de la economía": autores de la Grecia clásica como Jenofonte y Diodoro Sículo, Platón y Aristóteles, ya lo habían discutido, así como autores del siglo anterior como William Petty. Smith, sin embargo, fue el primero en poner la división del trabajo en el centro del análisis aplicado para explicar cuáles son los elementos que determinan el nivel de vida de un país determinado y sus tendencias a progresar o retroceder.

La tesis de Smith puede resumirse de la siguiente manera. En primer lugar, la riqueza de las naciones se identifica con lo que hoy llamamos ingreso per cápita, o en esencia el nivel de vida de los ciudadanos del país en cuestión.²⁷ Esta es una identificación que ahora damos por sentada, pero que no fue en ningún momento...

²⁶ En *La riqueza de las naciones* y en otros escritos (especialmente en las *Lecciones de jurisprudencia*: Smith 1777), Smith adoptó una teoría de las etapas del desarrollo social —caza, ganadería, agricultura, comercio— análoga a la propuesta, probablemente de forma independiente, por Turgot, bajo la influencia de *De l'Esprit des Lois* de Montesquieu. (1748, en particular el libro dieciocho): cf. Meek 1977, pp. 18-32.

²⁷ Estas son las primeras líneas de *La riqueza de las naciones* (Smith 1776, p. 10):

El trabajo anual de cada nación es el fondo que originalmente le proporciona todos los bienes de primera necesidad y las comodidades de la vida que consume anualmente, y que consisten siempre, bien en el producto inmediato de ese trabajo, bien en lo que se compra con ese producto a otras naciones.

Por lo tanto, según la proporción que guarde este producto, o lo que se compre con él, con respecto al número de quienes lo consumirán, la nación estará mejor o peor abastecida de todos los bienes y servicios necesarios que requiera.

De hecho, la visión de Smith es más amplia: en una sociedad civilizada, la riqueza material, la libertad, la dignidad individual y las reglas compartidas (leyes y normas morales) son importantes. Una economía próspera es importante tanto en sí misma como en su función.

Eso es lo que significaba cuando Smith lo introdujo. De hecho, iba en contra de la tendencia de los escritores cameralistas y mercantilistas, consejeros del príncipe en las décadas anteriores, de tomar como objetivo la maximización del ingreso nacional total de un país como fuente de poder económico y, por ende, de poder militar y político (una visión que consideraría a Suiza menos rica que la India).

En segundo lugar, recordemos que el ingreso nacional (Y) es igual a la cantidad de producto obtenida en promedio por cada trabajador (o productividad laboral, p) multiplicada por el número de trabajadores empleados en la producción (L):

$$Y = p L.$$

Si dividimos el ingreso nacional entre la población (N), obtenemos el ingreso per cápita; en consecuencia, el ingreso per cápita resulta ser igual a la productividad laboral multiplicada por la proporción de trabajadores activos sobre la población total. En otras palabras: de $Y = pL$, dividiendo por N, obtenemos

$$Y/N = p L/N.$$

Es decir, el nivel de vida de la población depende de dos factores: la proporción de ciudadanos empleados en trabajos productivos y la productividad de su trabajo.

Aquí entra en juego la división del trabajo. De hecho, según Smith, la productividad laboral depende principalmente de la etapa alcanzada por la división del trabajo. A su vez, esto depende del tamaño de los mercados. La primera tesis: el efecto positivo de la división del trabajo sobre la productividad.

Smith (1776, pp. 14-5: II3) ilustró este trabajo con el conocido ejemplo de la fábrica de alfileres, tomado del artículo *Épingle* de la *Encyclopédie* editada por d'Alembert y Diderot.²⁸

Smith identifica tres circunstancias que vinculan la productividad con la división del trabajo: la mejora de las habilidades del trabajador, cuando realiza regularmente una tarea específica en lugar de múltiples tareas; el ahorro del tiempo de trabajo que normalmente se pierde al cambiar de una tarea a otra; y el progreso técnico inducido por la posibilidad de centrar la atención en una tarea específica.²⁹

requisito previo para el desarrollo de las letras y las artes, y debido a la función civilizadora atribuida al comercio (la tesis del *doux commerce*).

La idea de un "bien común" que concierne a los ciudadanos de un país ya estaba presente anteriormente, atribuyendo, entre otras cosas, importancia a las desigualdades sociales: un tema que también consideró Smith, especialmente en el libro V.

²⁸ El artículo *Épingle* (escrito por Alexandre Deleyre, conocido como el traductor de Francis Bacon) está incluido en el quinto volumen (1755) de la *Encyclopédie*, publicada entre 1751 y 1772, y mencionado (con referencia errónea a la aguja, 'aiguille') en el manifiesto programático de la obra, *Discours Preliminaire* de d'Alembert (1751, p.

141). Sin embargo, la importancia de la división del trabajo ya había sido reconocida por los escritores griegos y, más cerca de Smith, por autores como William Petty, quien utiliza como ejemplos la fabricación de vestidos, barcos y relojes (Petty, 1690, pp. 260-1 y 1899 [1682], p. 473), y el autor anónimo de *Consideraciones sobre el comercio de las Indias Orientales*, quien utiliza los mismos ejemplos (Anónimo, 1701, pp. 590-2). Kindleberger (1976, p. 7) recuerda que el ejemplo de los alfileres ya había sido utilizado por Carl (1723). El ejemplo de los alfileres pudo haber parecido sugerente a Smith debido a la posibilidad, para él y para los lectores entre sus conciudadanos, de una comparación directa con las condiciones en las que los marineros escoceses producían los clavos para sus barcos, como parte subsidiaria de sus actividades de pesca y contrabando (con el resultado de baja productividad y mala calidad del producto). El ejemplo de la aguja fue utilizado por un autor musulmán medieval, Ghazali (1058-1111): cf. Hosseini 1998, p. 673.

²⁹ Cf. Smith 1776, págs. 17-20.

La segunda tesis se refiere a la conexión entre el crecimiento del mercado y el desarrollo de la división del trabajo.³⁰ Recordemos que cuando una empresa se expande para lograr una mejor división del trabajo dentro de ella, tendrá que introducir en el mercado un producto que ha aumentado debido tanto al aumento en el número de trabajadores empleados como al aumento de su productividad. En el ejemplo de Smith de la fábrica de alfileres, redondeando las cifras, un trabajador que lo hace todo solo produce alrededor de diez alfileres al día, mientras que una pequeña fábrica con diez trabajadores produce alrededor de 50.000 alfileres al día. La producción en su conjunto ha aumentado cinco mil veces, como resultado de un aumento de diez veces en el número de trabajadores y un aumento de quinientos veces en su productividad.

productividad. Por lo tanto, el mercado también debe crecer cinco mil veces para absorber la producción de la pequeña fábrica, en comparación con el tamaño del mercado suficiente para un solo trabajador que produce alfileres. Claramente, entonces, el tamaño del mercado constituye la principal limitación para el desarrollo de la división del trabajo. De ahí el liberalismo económico de Smith: todo lo que obstaculiza el comercio, también constituye un obstáculo para el desarrollo de la división del trabajo y, por ende, para el aumento de la productividad y el incremento del bienestar de los ciudadanos, o dicho de otro modo, para la riqueza de las naciones.

Smith consideraba un hecho dado que, a largo plazo, el aumento de la productividad se traduciría en un aumento de la riqueza de las naciones y no en una reducción del área de trabajo productivo.³¹ Anticipándose a la llamada ley de Say, Smith consideraba que lo que se ahorra tiende a invertirse por completo en tiempos de tranquilidad.³² En una sociedad progresista, las condiciones de los trabajadores son buenas, mientras que sus condiciones son difíciles en una sociedad estacionaria y miserables en una sociedad en declive.

Así pues, los intereses de los trabajadores coinciden con los de la sociedad, puesto que los salarios son altos cuando la economía crece; lo mismo ocurre con las rentas, mientras que sucede lo contrario con los beneficios, a pesar de la importancia de su papel en el crecimiento.³³

Obviamente, al analizar la división del trabajo no podemos detenernos en una noción agregada como la de la riqueza de las naciones. De hecho, existen tres aspectos conectados pero distintos: la división microeconómica del trabajo, entre los diferentes trabajadores dentro de una misma planta;³⁴ la social

³⁰ La relación que establece Smith entre el tamaño del mercado y la división del trabajo se ha interpretado a menudo, en términos de la teoría marginalista tradicional de la empresa basada en las curvas de costes en forma de U, como una tesis sobre los rendimientos crecientes a escala. Véase, por ejemplo, Stigler (1951). Sin embargo, en el contexto de la teoría marginalista, los rendimientos a escala se refieren a comparaciones estáticas entre alternativas igualmente disponibles para el empresario en un momento dado, mientras que en el marco de Smith la división del trabajo (más concretamente, el cambio tecnológico) y la expansión del mercado son procesos dinámicos que se desarrollan en el tiempo.

³¹ Véase el amplio tratamiento del tema en el libro tres de La riqueza de las naciones, 'Sobre los diferentes progresos de la opulencia'. en diferentes naciones.

³² 'En todos los países donde exista una seguridad tolerable, todo hombre de entendimiento común se esforzará por emplear cualquier acción que pueda controlar para obtener disfrute presente o beneficio futuro' (Smith 1776, págs. 284-5: II.i.30). Cf. Baumol 1977.

³³ Cf. Smith 1776, pp. 119, 251, 97: I.viii.43; I.xi.p.9-10; I.vi.8.

³⁴ El ejemplo de los alfileres se refiere a la división microeconómica del trabajo, es decir, la división del trabajo dentro de una unidad productiva individual (o empresa). La expansión del mercado puede consistir no solo en un aumento de la cantidad del producto demandada por el conjunto de los compradores, sino también en un incremento de la cuota de mercado de la empresa individual mediante un proceso de concentración industrial. Sin embargo, dicho proceso implica una creciente eficiencia del mercado. Por ejemplo, el número de empresas que producen alfileres en Gran Bretaña puede disminuir si la logística del transporte permite que el producto de cualquier empresa llegue a zonas distantes del país. Smith, aunque no lo excluye, no se refiere tanto a

división, entre diferentes empleos y profesiones; la división macroeconómica, entre empresas y sectores que producen diferentes bienes o grupos de bienes.³⁵ Por lo tanto, es necesario considerar tanto la estratificación social típica de tal sistema económico como las relaciones que se establecen entre los diferentes sectores productivos. En estos aspectos, Smith fue mucho más allá del pensamiento económico que lo precedió, aunque tomó varios elementos de él.

Los politólogos King y Davenant ilustraron la situación económica de Inglaterra mediante la división de la economía nacional en áreas geográficas: una elección que podemos comprender en una época en la que el comercio se veía muy obstaculizado por la dificultad del transporte.

Posteriormente, en cambio, se impuso el criterio de dividir la sociedad en clases sociales y sectores productivos. Siguiendo la estela de Cantillon y Quesnay, Smith concibió una sociedad dividida en tres clases. Su tripartición —trabajadores, capitalistas y terratenientes (con los tres tipos de ingresos correspondientes: salarios, beneficios y rentas)— difiere de la de sus predecesores (trabajadores agrícolas y campesinos, artesanos, nobleza y clero). Esta última clasificación refleja una sociedad en transición del feudalismo al capitalismo, mientras que la de Smith refleja una sociedad capitalista (aunque hoy en día los terratenientes han perdido prácticamente toda su importancia, mientras que las clases medias se han expandido). Así, también en este sentido, Smith marca el surgimiento del esquema conceptual que caracterizó la ciencia económica posterior.

La noción de tasa de ganancias, aunque no es nueva (ya la habían utilizado Turgot y otros), adquiere definitivamente un papel central: la conveniencia de las líneas de actividad alternativas se evalúa observando la relación entre las ganancias y el valor de los anticipos de capital, en lugar de la diferencia entre los ingresos y los costos.

Debido a las diferencias en el poder de negociación entre capitalistas y trabajadores,³⁶ podemos suponer que estos últimos reciben un salario apenas suficiente para mantenerse a sí mismos y a sus familias.

la expansión del mercado para la empresa individual en relación con el mercado para un producto en su conjunto. (Solo dentro de la teoría marginalista del equilibrio de la empresa los rendimientos crecientes, concebidos en términos estáticos, entran en contradicción con el supuesto de competencia; aquí nos limitamos a destacar la naturaleza dinámica, no estática, del análisis smithiano de la división del trabajo, y la ausencia en él de la noción marginalista de equilibrio).

³⁵ Aunque Smith no haya abordado explícitamente esta conexión (ni haya distinguido explícitamente estos diferentes aspectos de la división del trabajo), está claro que la división macroeconómica del trabajo surge de la división microeconómica, a través de la externalización de algunas áreas de actividad de una empresa, dando lugar a nuevas empresas y nuevas ramas de actividad. Véase Corsi 1991.

³⁶ El salario común depende en todas partes del contrato que se celebre entre las dos partes, cuyos intereses no coinciden en absoluto. Los trabajadores desean ganar lo máximo posible, los empleadores lo mínimo. Los primeros tienden a unirse para aumentar los salarios, los segundos para reducirlos.

Sin embargo, no es difícil prever cuál de las dos partes tendrá, en circunstancias normales, la ventaja en la disputa y obligará a la otra a ceder ante sus condiciones. Los patrones, al ser menos numerosos, pueden unirse con mucha más facilidad; además, la ley autoriza, o al menos no prohíbe, sus uniones, mientras que prohíbe las de los trabajadores. No existen leyes que prohíban la unión para bajar el precio del trabajo, pero sí muchas que lo prohíben para subirlo. En todas estas disputas, los patrones pueden resistir mucho más tiempo.

A largo plazo, el obrero puede ser tan necesario para su amo como su amo para él; pero la necesidad no es tan inmediata. (Smith 1776, pp. 83-4: I.viii.12).

Smith sostuvo la tesis de una presión descendente sobre el salario hacia el mínimo de subsistencia (para el consumo necesario del trabajador y su familia) con argumentos de tipo histórico-institucional; cambios como la legalización de los sindicatos y el derecho a la huelga modifican la situación y hacen posible que los salarios

Por lo tanto, los ingresos de los capitalistas y los terratenientes, es decir, las ganancias y las rentas, pueden considerarse iguales en su totalidad al excedente obtenido dentro de la economía.

En el proceso de desarrollo, añadió Smith, los alquileres aumentan, mientras que la tasa de ganancias tiende a disminuir debido a la competencia de los capitales. En consecuencia, el interés de los terratenientes coincide en este sentido con el interés general de la sociedad, mientras que ocurre lo contrario con los capitalistas.

37

El excedente —una noción que Smith tomó prestada de Petty, Cantillon y Quesnay— es igual a la parte del producto que excede lo necesario para reconstituir los inventarios iniciales de medios de producción y medios de subsistencia para los trabajadores empleados en el proceso productivo. Esta noción es el núcleo de la representación clásica del funcionamiento de la economía como un flujo circular de producción de mercancías por medio de mercancías. Período tras período, las empresas utilizan los inventarios iniciales de medios de producción (y los trabajadores utilizan los inventarios iniciales de medios de subsistencia); al final del proceso productivo, obtienen un producto que se utiliza en primer lugar para reconstituir los inventarios iniciales y así poder repetir el ciclo productivo; Lo que queda después de esto, es decir, el excedente, puede utilizarse para aumentar las existencias de medios de producción y subsistencia, incrementando el número de trabajadores empleados en el proceso productivo y, por lo tanto, el producto, o para el consumo "improductivo" (que incluye, junto con el consumo de lujo, también el consumo de subsistencia de los desempleados o de aquellos cuyo trabajo no da resultados concretos, es decir, no genera mercancías que puedan venderse en el mercado).

Smith atribuyó una importancia notable al proceso de acumulación, o dicho de otro modo, a la utilización productiva del excedente. La acumulación consiste no solo en la inversión en nuevos medios de producción, sino también en el aumento del número de trabajadores empleados y, por consiguiente, en los incrementos salariales para dichos trabajadores, que consisten en el uso de parte del excedente como medio de subsistencia para los trabajadores productivos adicionales.

Aquí surge el problema de la distinción entre trabajadores productivos e improductivos. A este respecto, Smith parecía oscilar entre tres definiciones diferentes. Según la primera, el trabajo productivo es aquel que da lugar a bienes físicos: es decir, el trabajo en la agricultura y la industria manufacturera, pero no el trabajo en el sector servicios. La segunda definición identifica como productivo aquel trabajo que recupera los fondos empleados en la producción y, además, genera un beneficio. Según la tercera definición, es productivo aquel trabajo cuyo salario se obtiene

Aunque se eleven considerablemente por encima del nivel de subsistencia, esto no invalida el enfoque de Smith sobre la distribución, entendida como un problema de poder de negociación relativo. No puede decirse lo mismo de la «ley de hierro de los salarios», basada en el principio de población malthusiano.

³⁷ Cf. Smith 1776, pp. 264-7: I.xi.p.1-10. Esto no significa que la actitud de Smith sea favorable a los terratenientes: a ellos les encanta cosechar donde nunca sembraron (ibid., p. 67: I.vi.8), y el alquiler es naturalmente un precio de monopolio (ibid., p. 161: I.xi.a.5). Pero la actitud hacia "aquellos que viven de las ganancias" es aún más dura; no solo su interés se opone al desarrollo económico, sino que también busca "reducir la competencia" (ibid., pp. 266-7: I.xi.p.10).

del capital, mientras que nos enfrentamos a un trabajo improductivo cuando el salario se extrae de los ingresos del amo, como es el caso de los sirvientes.³⁸

De hecho, no se trata necesariamente de tres definiciones alternativas. La última resulta útil a modo de ilustración, ya que ayuda al lector a comprender concretamente el razonamiento de Smith, pero como teoría implicaría un círculo vicioso lógico.³⁹ La segunda y la primera definición pueden coincidir si asumimos que la agricultura y la manufactura corresponden al ámbito de acción de las empresas capitalistas. Con tal supuesto, podemos atribuir a Smith un hábil compromiso entre la tradición que identifica el trabajo productivo con la producción de bienes duraderos (en una escala encabezada por los metales preciosos y el comercio exterior, siendo este último el medio para obtenerlos) y la visión posterior, que se impondrá en la obra de Karl Marx, según la cual la distinción entre trabajo productivo e improductivo, en lo que respecta a la etapa histórica del capitalismo, corresponde a la distinción entre lo que entra y lo que queda fuera del ámbito capitalista de la economía. En otras palabras, Smith tuvo en cuenta la visión tradicional, pero al mismo tiempo la transformó, tendiendo un puente hacia la definición marxista, menos ambigua.⁴⁰

En cuanto al tema del trabajo productivo, nuevamente sobre la cuestión del origen del excedente, Smith fue más allá de la visión tradicional de una jerarquía de sectores productivos. En particular, la idea fisiocrática de que solo la agricultura es capaz de generar un excedente fue criticada por Smith pocos años después de la publicación de las principales obras de los fisiócratas.⁴¹

³⁸ Para las tres definiciones, véase Smith 1776, respectivamente pp. 330-1, 332, 332-3: II.iii.2, 5, 6-7. Debe enfatizarse. Debido a esta noción de trabajo productivo, la noción de renta nacional de Smith (Y en las ecuaciones anteriores) es más restrictiva que la definición actual de renta en las cuentas nacionales modernas. Más cercana a la de Smith (debido a que Marx adoptó una variante del concepto smithiano de trabajo productivo) fue la noción de renta nacional adoptada en las cuentas nacionales de los países comunistas en el siglo XX.

³⁹ En efecto, cuando un capitalista contrata a un trabajador, podemos decir que el gasto del salario proviene de su capital si el trabajador es productivo, mientras que si es improductivo, el salario proviene de sus ingresos: la distinción depende de lo que el trabajador haga, no de que su sueldo provenga de una cuenta bancaria específica en lugar de otra. (De manera similar, la compra de un automóvil por parte de un empresario puede clasificarse hoy como una inversión o un gasto de consumo según el uso que se le dé).

⁴⁰ La identificación del trabajo productivo con aquel que da origen a los bienes materiales es objeto de críticas. La postura de Jean-Baptiste Say (1803) define los servicios como «productos inmateriales». Según Say, podemos definir como productiva cualquier actividad que genere valores de uso, es decir, bienes y servicios considerados útiles por el comprador: una visión que se inscribe en la tradición de la teoría subjetiva del valor.

En lo que respecta al trabajo improductivo, Smith sugirió una distinción entre trabajos útiles e inútiles (por ejemplo, el médico y el bufón; cf. Smith 1776, p. 331: II.iii.2). En esencia, podemos considerar útil aquel trabajo que contribuye indirectamente al funcionamiento del sistema económico, por ejemplo, al garantizar el respeto de los derechos de propiedad; en este ámbito podemos incluir a maestros y médicos, quienes contribuyen a la supervivencia de los trabajadores y al desarrollo de sus capacidades.

⁴¹ Smith 1776, pp. 674-9: IV.ix.29-38. Aquí Smith también consideró explícitamente como productivo el trabajo de los comerciantes, al mismo nivel que el de los trabajadores agrícolas, artesanos y fabricantes, y al mantener esta tesis recordó nuevamente los elementos que caracterizan las tres definiciones de trabajo productivo ilustradas anteriormente.

Los argumentos que Smith utiliza aquí, sin embargo, se refieren principalmente al error de considerar improductivos los sectores manufacturero y mercantil, en lugar del hecho de que, en un sistema de interrelaciones productivas, en el que los diferentes sectores dependen unos de otros para el aprovisionamiento de sus medios de producción, es absurdo decir que el excedente solo puede surgir del poder natural de la tierra, y por lo tanto, solo en el sector agrícola. De hecho, la tierra no tiene un papel autónomo en el proceso productivo, y no produciría nada si se dejara sin cultivar, si el trabajo...

En síntesis, según Smith, la riqueza de las naciones, interpretada como ingreso per cápita (Y/N), depende de dos factores: la productividad de los trabajadores empleados en la producción de bienes (trabajadores productivos) y la proporción de trabajadores productivos en la población total, L/N . La productividad laboral depende de la etapa alcanzada por el proceso de creciente división del trabajo, que a su vez depende del ingreso de los consumidores (es decir, de Y/N) y de las políticas más o menos liberales adoptadas por las autoridades públicas, además de las mejoras en el transporte. Al mismo tiempo, la proporción de trabajadores productivos en la población total, L/N , depende de la etapa alcanzada por el proceso de acumulación, es decir, de la capacidad productiva disponible, de los elementos institucionales y de las costumbres, como las leyes sobre educación primaria pública para todos o el trabajo infantil, o las costumbres relativas al empleo femenino. A su vez, estos factores están influenciados por las decisiones políticas de las autoridades públicas.

Mediante flechas que indican relaciones de causa y efecto, podemos representar el conjunto de relaciones como en la Figura 1. Como se observa en el esquema, la adopción de políticas que favorecen el libre comercio y la expansión de los mercados puede desencadenar una espiral virtuosa: la expansión de los mercados favorece una mayor división del trabajo, lo que a su vez incrementa la productividad y, por consiguiente, el ingreso per cápita, impulsando así una mayor expansión de los mercados. Al mismo tiempo, estas y otras políticas similares favorecen un aumento del ingreso per cápita gracias a su acción en favor de un incremento en la proporción de trabajadores productivos en la población total. Estos mecanismos dinámicos, de carácter acumulativo, constituyen la esencia de la teoría smithiana de la riqueza de las naciones.

(y por lo tanto, medios de subsistencia) y medios de producción no se habían utilizado junto con él. Por consiguiente, el producto no puede atribuirse a un solo elemento de entre los diversos elementos empleados en ningún proceso productivo individual. Así pues, puesto que los medios de producción provienen, al menos en parte, de otros sectores (debido a la división del trabajo, en la agricultura se utilizan productos manufacturados, y viceversa), no es posible determinar si el superávit surge de un sector o de otro sin antes explicar cómo se calculan los tipos de cambio. En efecto, el superávit es un concepto relacionado con el sistema económico en su conjunto, no con un sector económico individual.

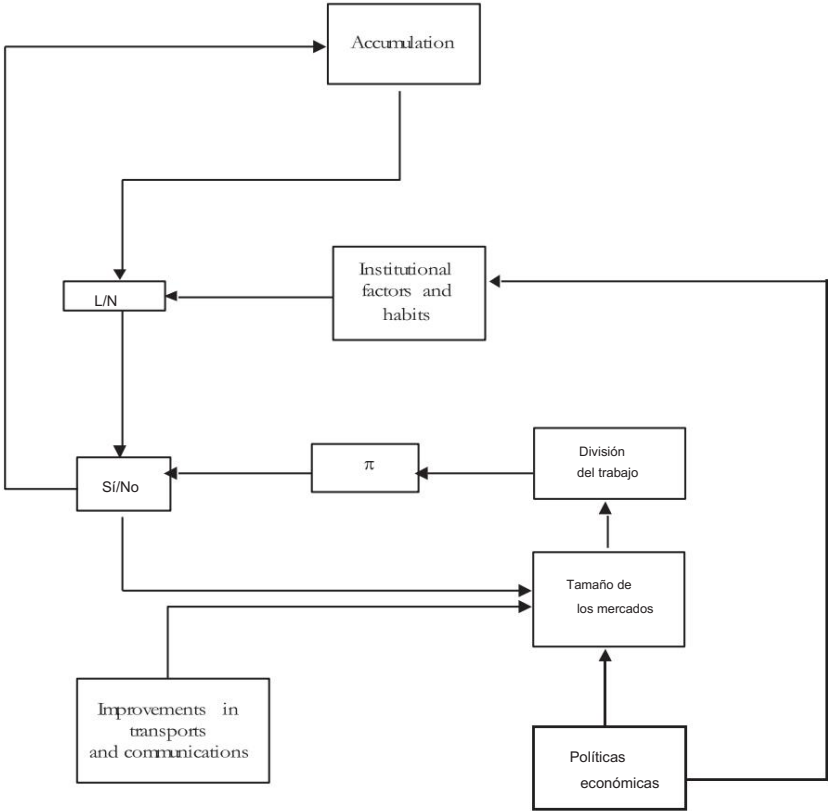


Figura 1

5. Valor y precios

Una de las distinciones conceptuales cruciales para el desarrollo de la economía política clásica es la que se refiere al valor de uso y al valor de cambio. Esta distinción queda perfectamente clara en Adam Smith:

La palabra valor ... tiene dos significados diferentes y a veces expresa la utilidad de algo. un objeto en particular, y a veces la capacidad de adquirir otros bienes que la posesión de dicho objeto confiere. Uno puede denominarse «valor de uso»; el otro, «valor de cambio». Las cosas que tienen mayor valor de uso suelen tener poco o ningún valor de cambio; y, por el contrario, las que tienen mayor valor de cambio suelen tener poco o ningún valor de uso. Nada es más útil que el agua: pero con ella apenas se puede comprar nada; y apenas se puede obtener algo a cambio de ella. Un diamante, por el contrario, apenas tiene valor de uso; pero con él se puede obtener una gran cantidad de otros bienes.⁴²

Según Smith y los economistas clásicos en general, el valor de uso es un requisito previo para el valor de cambio: un bien que no tiene utilidad ni es deseado por nadie no puede tener un valor de cambio positivo. ³ Pero una vez que se cumple esta condición, el valor de cambio de cualquier mercancía se determina en función de elementos distintos del valor de uso: el valor de cambio depende de las condiciones de reproducción del sistema económico, no de la utilidad de la mercancía en cuestión. Más precisamente, los economistas clásicos no consideran el valor de uso de una mercancía como una cantidad mensurable. A lo sumo, como Smith en el pasaje citado, podemos hablar de un mayor o menor valor de uso, pero de una manera bastante genérica que ciertamente no nos da derecho a pensar en una ordenación completa de las preferencias de los agentes económicos. En cualquier caso, el propio Smith rechazó explícitamente la idea de que sea posible explicar el valor de cambio de dos mercancías en función de su mayor o menor valor de uso. Por el contrario, la conexión entre ambas nociones, basada en la representación del valor en uso como una magnitud unidimensional (ya sea como una magnitud medible, como en el enfoque de la utilidad cardinal, o simplemente como algo sujeto a comparación, como en el enfoque de la utilidad ordinal y en la teoría de las preferencias reveladas), iba a ser la base de la teoría marginalista del valor.⁴⁴

Cuando se refieren al valor de una mercancía, los economistas clásicos suelen entender el valor de cambio. Sin embargo, el problema del valor puede adoptar diferentes características, según si: i) el objetivo es volver al primer principio —la 'fuente'— del valor; ii) el enfoque está en la cuestión

⁴² Smith 1776, pp. 44-5: l.iv.13. La paradoja del agua y los diamantes es un lugar común en la literatura económica.

Galiani, por ejemplo, se refirió a ello para destacar el papel de la escasez, junto con el de la utilidad, en la determinación de los valores de cambio.

⁴³ Para Smith, como para tantos otros autores anteriores a la revolución marginalista, la utilidad tiene un sentido objetivo, entendido como la capacidad de un bien para satisfacer alguna necesidad, más que como una valoración subjetiva por parte de uno o más individuos. Estos dos aspectos ya habían sido distinguidos —como virtuositas y complacibilas— por Bernardino de Siena y Antonino de Florencia a principios del siglo XV.

⁴⁴ La idea de una conexión entre el valor de uso y el valor de intercambio ya estaba presente en autores anteriores. y en la época de Smith.

del estándar de valor para comparaciones intertemporales o comparaciones que involucren diferentes países; iii) se aborda el problema teórico de determinar los valores de cambio.

Es comprensible que, independientemente del problema específico que se abordara, los economistas se centraran inicialmente en el trabajo. Como ya hemos visto, las teorías del valor-trabajo eran comunes entre los filósofos del derecho natural; el trabajo reaparece, junto con la tierra, entre los elementos que constituyen el valor de una mercancía en las teorías de Petty y Cantillon. Sin embargo, como hemos observado, las teorías del valor-trabajo adquieren diferentes significados según el autor. Por un lado, los filósofos del derecho natural concebían el valor-trabajo como un índice del sacrificio realizado por las personas para obtener la mercancía deseada. Por otro lado, autores como Petty y Cantillon se acercaban más a una teoría de los costes físicos de producción; para ellos, el valor-trabajo tiene el significado de un simple hecho, desprovisto de las características metafísicas que caracterizan la idea del trabajo como sacrificio: es decir, el valor-trabajo no es más que una forma simplificada de expresar la dificultad relativa de producción de la mercancía en cuestión en relación con la de otras mercancías.

En Smith, ambas características estaban presentes simultáneamente; además, la teoría del valor-trabajo se propuso tanto como una teoría del trabajo necesario (trabajo requerido para la producción de la mercancía: trabajo contenido, en la terminología de Marx) como una teoría del trabajo ordenado. Consideremos primero esta última:

Cada hombre es rico o pobre según el grado en que puede permitirse disfrutar de las necesidades, comodidades y diversiones de la vida humana. Pero una vez que la división del trabajo se ha establecido por completo, solo una pequeña parte de estas necesidades puede ser satisfecha con el propio trabajo de un hombre. La mayor parte debe obtenerla del trabajo de otros, y su riqueza o pobreza dependerá de la cantidad de trabajo que pueda exigir o adquirir. Por lo tanto, el valor de cualquier mercancía para quien la posee y que no pretende usarla ni consumirla, sino intercambiarla por otras, es igual a la cantidad de trabajo que le permite adquirir o exigir. El trabajo, en consecuencia, es la medida real del valor de intercambio de todas las mercancías.⁴⁵

En el pasaje citado anteriormente, Smith no pretendía señalar los factores que determinan los valores de cambio, sino simplemente indicar el estándar con el que medirlos; justificó Esta elección se justifica al referirse de manera más general al papel central del trabajo en la economía. El trabajo, además, constituye un estándar particularmente adecuado para la comparación entre diferentes países o diferentes épocas dentro del mismo país,⁴⁶ y, por lo tanto, es apropiado para una teoría dinámica de la riqueza de las naciones como la propuesta por Smith. Además, según Smith

⁴⁵ Smith 1776, pág. 47: IV1.

⁴⁶ Aún hoy, el uso de este estándar es frecuente: un corte de pelo requiere una hora de trabajo en un país y dos en otro. La elección de este estándar no responde a una necesidad lógica inherente a la teoría, sino al papel particular que los economistas desempeñan en el ser humano, y especialmente en el trabajador. Cabe señalar, además, que en la época de Smith no existía una teoría de los números índice que pudiera haber proporcionado un instrumento alternativo para medir las variaciones en las magnitudes económicas; es más, incluso los números índice solo ofrecen soluciones aproximadas al problema de la medición.

El trabajo exigido es una medida apropiada para una sociedad basada en la división del trabajo. De hecho, en dicha sociedad, el intercambio entre los productos de diferentes sectores es, en esencia, un intercambio que conecta a los trabajadores de dichos sectores: tras el acto de intercambio existe una relación recíproca que los vincula, integrándolos en un único sistema económico, dentro del cual cada persona depende del trabajo de las demás. Así, basándonos en el tiempo de trabajo, podemos expresar cuantitativamente las relaciones económicas que mantienen unidos a los diferentes productores en una sociedad basada en la división del trabajo.

Sin embargo, el problema del valor permanece abierto, al menos en el sentido habitual de la literatura económica, a saber, el de identificar los factores que determinan el valor de intercambio de las distintas mercancías. En una sociedad donde los trabajadores no poseen sus medios de producción (es decir, donde son mayoritariamente trabajadores dependientes), el trabajo requerido indica el número de horas de trabajo necesarias para obtener un salario equivalente al precio de la mercancía. Así, por ejemplo, podemos decir que dos horas de trabajo permiten adquirir (o requerir) un kilogramo de carne. Podemos obtener la cantidad de trabajo requerida por una mercancía determinada dividiendo su precio entre el salario, aunque esto presupone el conocimiento tanto del precio como del salario.

La teoría del trabajo necesario proporciona una solución al problema de la determinación de los valores de cambio, ya sugerida en el pasaje citado anteriormente, según la cual las relaciones de cambio entre dos mercancías son proporcionales a las cantidades de trabajo necesarias para producirlas. Sin embargo, Smith consideraba que esta teoría solo era válida en una «sociedad primitiva y rudimentaria».

En ese estado primitivo y rudimentario de la sociedad que precede tanto a la acumulación de bienes como a la apropiación de tierras, la proporción entre las cantidades de trabajo necesarias para adquirir diferentes objetos parece ser la única circunstancia que puede proporcionar alguna regla para intercambiarlos entre sí.

Es natural que lo que normalmente se obtiene con dos días o dos horas de trabajo valga el doble de lo que normalmente se obtiene con un día o una hora de trabajo.⁴⁷

Sin embargo, Smith afirmó que ya no podemos utilizar el trabajo necesario para explicar los valores de cambio cuando nos referimos a una sociedad en la que los trabajadores ya no son propietarios de los bienes de capital ni de la tierra que utilizan en su trabajo. De hecho, el trabajo necesario no tiene en cuenta las rentas y los beneficios que influyen en el precio de cada mercancía cuando los capitalistas y los terratenientes constituyen clases sociales distintas de la clase trabajadora.

En una sociedad así, los valores de cambio corresponden a los "precios naturales", que Smith define en el siguiente pasaje, distinguiéndolos de los "precios de mercado": "Cuando el precio de cualquier mercancía no es ni más ni menos que lo suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios de los trabajadores son iguales".

⁴⁷ Smith 1776, p. 65: I.vi.1. Debemos destacar que Smith no se refería a ninguna sociedad primitiva real, sino a un modelo ideal de sociedad en el que los agentes económicos (cazadores y pescadores) adoptan el comportamiento racional típico de una sociedad mercantil, mientras que el carácter primitivo viene dado por la hipótesis abstracta de ausencia de división en las clases sociales de trabajadores, capitalistas y terratenientes.

Si se consideran el trabajo y las ganancias de las existencias empleadas en su obtención, preparación y comercialización, según sus tasas naturales, la mercancía se vende a lo que se denomina su precio natural.⁴⁸ En otras palabras, el precio de mercado es el precio que observamos al analizar los actos reales de intercambio; el precio natural, en cambio, es el precio teórico que expresa las condiciones de reproducción del proceso productivo. En una sociedad dividida en clases sociales, los precios naturales deben cubrir los costos de producción y garantizar, además, una rentabilidad igual a la que se puede obtener en otros sectores por el capital invertido en la actividad productiva.

Evidentemente, la mera referencia a los costes de producción resulta insuficiente para construir una teoría de los precios, puesto que implicaría un razonamiento circular: si necesitamos acero para producir carbón, y carbón para producir acero, no podemos determinar el precio del carbón si no lo conocemos previamente. Por este motivo, algunos economistas, antes y después de Smith, recurrieron a un primer principio como el trabajo necesario (o trabajo y tierra, como en el caso de Petty y Cantillon), que les permitía explicar los precios sin tener que ser explicados a su vez. Sin embargo, como hemos visto, Smith no estaba de acuerdo, ya que consideraba el trabajo necesario un principio explicativo aceptable únicamente para una «sociedad primitiva y rudimentaria».

Los valores de cambio siguen siendo un tema abierto en el análisis de Smith. Algunos intérpretes (por ejemplo, Dobb, 1973, págs. 44 y ss.) intentan resolverlo mediante la llamada «teoría de la suma de componentes»: es decir, la idea de que «el precio de cada mercancía se reduce finalmente a una u otra, o a las tres partes», «renta, trabajo y beneficio».⁴⁹ En otras palabras, el precio de una mercancía corresponde a los salarios, los beneficios y las rentas, más los costes de los medios de producción distintos del trabajo y la tierra; estos costes, a su vez, se descomponen en salarios, beneficios, rentas y costes de los medios de producción; así, procedemos hacia atrás hasta que los costes de los medios de producción desaparecen o se vuelven insignificantes. El valor de una mercancía depende, por lo tanto, de la tecnología y de las tasas «naturales» de salario, renta y beneficio.

En esta teoría, sin embargo, parece estar implícita la idea, que Ricardo criticaría, de que un aumento en el salario provoca un aumento en el precio sin modificar la tasa de ganancia. De hecho, dicha crítica solo se sostiene si asumimos —como Smith no hizo, al menos no explícitamente— que las tres variables distributivas son independientes entre sí. Sin embargo, la teoría de la suma de componentes no constituye una solución adecuada al problema de los valores de cambio, ya que el residuo de los medios de producción no puede, en general, reducirse a cero.⁵⁰ La teoría representa, por lo tanto, más bien una reformulación, a nivel de una mercancía individual, de un principio de contabilidad nacional: el valor del producto nacional corresponde al valor de la renta nacional, es decir, a la suma de las rentas de las diferentes clases sociales. De hecho, es precisamente este punto el que subraya Smith (1776, p. 69: I.vi.17).

⁴⁸ Ibid., pág. 72: I.vii.4.

⁴⁹ Ibid., pág. 68: I.vi.10. La inclusión de ganancias en el precio puede considerarse un paso adelante de Petty, Cantillon, Quesnay: cf. O'Donnell 1990, p. 54.

⁵⁰ En sentido estricto, la "reducción completa" solo es posible cuando no se requiere ningún producto, ni directa ni indirectamente, la producción de sí misma: cf. Sraffa 1960, pp. 34 y ss.

Podemos decir, en conclusión, que Smith no proporcionó una teoría completamente adecuada de los valores de cambio; lo que sí proporcionó, con la teoría del trabajo mandado, fue más bien una indicación de cómo medir los precios de las mercancías que parece ser particularmente útil para una economía basada en la división del trabajo y en la que tiene lugar una continua evolución tecnológica.⁵¹ Fue solo con Ricardo que la teoría del valor, en su sentido moderno de teoría de los precios relativos, pasó a ocupar un lugar central.

6. Precios naturales y precios de mercado

Como ya hemos visto, la división del trabajo plantea un problema de coordinación entre los distintos agentes económicos. Cada empresa produce una mercancía o un grupo de mercancías y, para continuar produciendo, necesita vender al menos una parte de lo producido a cambio de los medios de producción necesarios para la continuidad de su actividad. De igual modo, los trabajadores obtienen un salario que necesitan convertir en sus medios de subsistencia.

Según Smith, para cada , La economía de mercado en su conjunto funciona de una manera bastante satisfactoria: producto, el flujo de producción de las empresas que lo producen se corresponde, en mayor o menor medida, con el flujo de demanda que, en condiciones normales, ejercen los compradores. Los mecanismos de mercado guían la economía de tal manera que garantizan el bienestar material, condición indispensable para una vida civilizada.

Analicemos la cuestión con mayor detalle. Los intercambios entre los distintos sectores, necesarios para el funcionamiento continuo de la economía, pueden ser coordinados por una autoridad central con un plan para la distribución del producto global entre los diferentes sectores y las distintas unidades productivas: este es el caso de una economía planificada o de mando. En una economía de mercado, por el contrario, los intercambios se producen libremente y las decisiones sobre las cantidades a producir, vender y adquirir, así como sobre los intercambios y los precios, están descentralizadas. Es el mercado el que conecta las unidades productivas que operan en los distintos sectores de la economía, de dos maneras distintas. En primer lugar, mediante los intercambios de mercado, cada unidad productiva obtiene de las demás lo que necesita para continuar su actividad a cambio de su propio producto. En segundo lugar, el mercado conecta las unidades productivas a través de la competencia que mantienen entre sí; de aquí surge el mecanismo que garantiza la coordinación necesaria entre la multitud de centros de decisión descentralizados, productores y compradores.

Podemos distinguir dos tipos de competencia, ambos considerados por Smith. El primero es la competencia dentro del mercado de cada producto. Cada comprador busca entre los muchos vendedores presentes en el mercado al que vende el producto deseado al precio más bajo posible; el vendedor que pide un precio demasiado alto corre el riesgo de quedarse con mercancía sin vender. De manera similar, cada vendedor busca entre los muchos compradores presentes en el mercado al que está dispuesto a pagar el precio más alto.

⁵¹ Siguiendo líneas similares, y mostrando cuán relevante era el problema de la medición en las comparaciones espaciales e intertemporales para el análisis smithiano, se propuso tomar el maíz como estándar de medida: cf. Smith 1776, pp. 55-6; Iv22. Sylos Labini 1976, ilustrando la propuesta, señala que en opinión de Smith la producción de maíz se caracteriza por costos relativos más o menos estables en el tiempo, a diferencia, por un lado, de otros productos agrícolas, caracterizados por costos crecientes, y, por otro lado, de las manufacturas, caracterizadas por costos decrecientes.

para el producto en venta; los compradores que ofrecen un precio demasiado bajo corren el riesgo de quedarse con las manos vacías. En condiciones ideales, cuando la competencia entre vendedores y compradores no encuentra obstáculos, el precio de cada producto es el mismo para todos. Esta es la llamada ley del precio único, que surge como consecuencia necesaria de la competencia.

Existe entonces un segundo tipo de competencia, que Smith denominó «competencia de capitales»: es decir, la competencia entre capitalistas en busca del empleo que ofrezca la mayor rentabilidad sobre su capital. Cuando los capitalistas son libres de trasladar sus capitales de un sector a otro en busca del empleo más fructífero (en términos de Smith, 1776, p. 73: I.vii.6, «donde hay libertad absoluta»), existe libre competencia: su característica es precisamente la ausencia de obstáculos a la libre circulación de capitales (o, como también se dice, la ausencia de barreras de entrada a los diferentes sectores de la actividad económica).⁵²

Cuando impera la libre competencia, un sector no puede ofrecer a los capitalistas una rentabilidad superior a la de otros sectores durante un periodo prolongado, ya que de lo contrario fluirían nuevos capitales hacia él, con la consiguiente subida de la producción, la disminución del precio de mercado y, por ende, de los beneficios y la rentabilidad. Del mismo modo, un sector no puede ofrecer a los capitalistas una rentabilidad inferior a la de otros sectores, ya que de lo contrario se produciría una fuga de capitales, una caída de la producción, un aumento del precio de mercado y, por ende, de los beneficios y de la rentabilidad del sector.

Por lo tanto, bajo la "libertad perfecta", es decir, la competencia libre generalizada, el rendimiento del capital – La tasa de ganancias tiende a ser igual en todos los sectores. De esta manera, la competencia de capitales vincula en un único mercado capitalista los diferentes sectores de la economía. Aquí vemos el papel central de este tipo de competencia, que distingue al sistema capitalista de una economía de mercado no capitalista. ³

Como resultado del supuesto de competencia, el precio teórico («natural») debe ser tal que permita la reproducción a lo largo del tiempo de una economía basada en la división del trabajo; por lo tanto, la recuperación de los costos de producción y la posibilidad de obtener una ganancia «natural». Su contraparte empírica es El precio de mercado: «El precio real al que se vende habitualmente cualquier producto se denomina precio de mercado. Puede ser superior, inferior o exactamente igual a su precio natural». Y Smith continuó: «El precio de mercado de cada producto en particular está regulado por la proporción entre la cantidad que se introduce realmente en el mercado y la demanda de quienes están dispuestos a pagar el precio natural del producto».

⁵² Para la comparación entre esta noción de competencia y la neoclásica, véase Sylos Labini 1976.

⁵³ Este elemento se pierde de vista en las teorías marginalistas, que consideran el mercado de capitales un mercado como todos los demás, y la tendencia a una tasa de ganancias uniforme como un caso específico de la ley de un solo precio. De esta manera, las teorías marginalistas confunden la noción de competencia dentro de cada mercado individual, basada en el número de compradores y vendedores, con la noción de libre competencia de capitales, basada en la libertad de entrada a los diversos sectores de la economía.

⁵⁴ Ibid., pág. 73: I.vii.7-8. Smith ya trató los precios naturales y de mercado, y su relación, en las Lecciones de jurisprudencia (Smith 1978, págs. 356-66: vi.67-97); pero estas páginas solo pueden considerarse como un primer borrador del tratamiento maduro del tema en el libro 1, capítulo 7, de La riqueza de las naciones.

La contraposición entre precio natural y precio de mercado puede considerarse no solo como la distinción entre una variable teórica y su correlato empírico, sino también como una sutil manera en que Smith contrapuso su propia teoría de los valores de cambio, basada en las condiciones analíticas que definen el precio natural, con las teorías subjetivas del valor, que aluden vagamente a la escasez y la utilidad, a la oferta y la demanda, y que prevalecían entre los escritores escolásticos o en autores como Galiani y Turgot. Centrándose en el problema de la reproducción a lo largo del tiempo de una sociedad basada en la división del trabajo, Smith, si bien aparentemente incorpora a su exposición los elementos en los que se basaban las teorías subjetivas tradicionales del valor, los relegó al papel de perturbaciones (irregulares, no sistemáticas) y, por la propia definición de precio natural, los excluyó de su teoría de los valores de cambio.

Los intentos de interpretar a Smith para establecer una conexión entre los elementos objetivos en los que se basa la noción de precio natural y los elementos subjetivos que entran en juego con respecto al precio de mercado, centran la atención en el mecanismo de ajuste entre el precio de mercado y el precio natural. Este mecanismo se basa en los dos tipos de competencia ilustrados anteriormente: cuando la producción de una mercancía excede la demanda "efectiva" (es decir, la cantidad que los compradores están dispuestos a absorber al precio natural), la competencia entre los vendedores hará que el precio de mercado caiga por debajo del precio natural: los productores no podrán obtener los beneficios naturales y se producirá una salida de capitales de ese sector; la producción disminuirá y, por lo tanto, se absorberá el exceso de oferta. Fue en relación con este mecanismo de ajuste que Smith utilizó la famosa analogía de la gravitación.

El precio natural, por lo tanto, es, por así decirlo, el precio central, hacia el cual los precios de todas las mercancías gravitan continuamente. ... Pero si bien el precio de mercado de cada mercancía en particular gravita continuamente, si se me permite decirlo, hacia el precio natural, a veces ciertos accidentes, a veces causas naturales, y a veces regulaciones policiales específicas, pueden, en muchas mercancías, mantener el precio de mercado, durante un largo período, bastante por encima del precio natural.⁵⁵

Algunos autores han interpretado la metáfora de la gravitación como si implicara una teoría del precio de mercado basada en la oferta y la demanda. Específicamente, los precios de mercado llegaron a interpretarse como precios de equilibrio a corto plazo (marshallianos, de equilibrio de mercado).⁵⁶ Esta idea es, de hecho, totalmente ajena al pensamiento de Smith, tanto porque el precio de mercado, como hemos visto, no es una variable teórica para él, sino un correlato empírico, como porque la referencia a la gravitación misma, que parece implicar una estructura teórica precisa, la de la teoría de Newton (en la que el comportamiento del cuerpo que gravita alrededor de otro se describe mediante leyes matemáticas precisas), es en realidad

⁵⁵ Smith 1776, págs. 75 y 77: l.vii. 15 y 20. Nuevamente en el capítulo 7 del libro I de La riqueza de las naciones, Smith afirma que el precio de mercado puede ser superior al precio natural «durante muchos años seguidos», «durante siglos», «para siempre», siempre que la competencia se vea obstaculizada por costumbres, regulaciones, leyes o monopolios naturales. El «precio natural» aparece así no solo como una variable teórica que expresa las condiciones de reproducción del sistema económico, sino también como una norma que corresponde al pleno funcionamiento de la competencia.

⁵⁶ Véase, por ejemplo, Blaug 1962, pág. 39.

bastante vago.⁵⁷ Esto se evidencia, entre otras cosas, por el hecho de que en cada una de las dos oraciones en las que aparece el término "gravidad", está acompañado de expresiones ("por así decirlo", "si se me permite decirlo") que apuntan a su uso como una metáfora imprecisa.

La interpretación del precio de mercado como una variable teórica determinada por la confrontación entre la oferta y la demanda según reglas generales y precisas aparece solo hacia el final del período dorado de la economía política clásica, con John Stuart Mill y Thomas De Quincey, para ser desarrollada posteriormente por Alfred Marshall de la forma que se ha popularizado a través de los libros de texto. En la época de Smith, los términos «demanda» y «oferta» no indicaban curvas, o más generalmente relaciones funcionales estables y bien definidas que conectaran el precio y la cantidad de una mercancía,⁵⁸ sino un conjunto de elementos, posiblemente fortuitos o contingentes, que no pueden reducirse únicamente a factores tecnológicos (economías y deseconomías de escala) o psicológicos (preferencias de los consumidores). Más bien, la referencia al papel de la oferta y la demanda en la determinación del precio reflejaba típicamente, antes de Smith, una situación anterior al desarrollo de los mercados regulares, donde los precios, como en las ferias de pueblo o en las ciudades portuarias, estaban sujetos a la influencia de eventos no sistemáticos.

Las interpretaciones modernas del precio de mercado en Smith, determinado por la oferta y la demanda, se basan comúnmente en la segunda parte de la definición citada anteriormente: «está regulado por la proporción entre la cantidad que se introduce realmente en el mercado y la demanda». Sin embargo, en este pasaje, Smith hablaba del precio de mercado como «regulado», no «determinado», por la proporción entre la oferta y la demanda; tampoco puede interpretarse la expresión «proporción entre la cantidad... introducida en el mercado y la demanda» como una referencia a una relación matemática precisa. Este pasaje no constituye ni una definición del precio de mercado ni una teoría que explique su determinación. Smith no procedió a ilustrar las leyes relativas a la forma en que la oferta y la demanda reaccionan ante un precio de mercado diferente del precio natural, ni las leyes sobre cómo reacciona el precio de mercado ante los desequilibrios entre la oferta y la demanda y las fluctuaciones de estas variables. En particular, no había ningún indicio de la idea, común en la teoría moderna pero no en la época de los economistas clásicos, de un mecanismo de equilibrio de mercado que determinara el precio de mercado.

Lo que Smith sugirió son solo algunas reglas generales. Primero, el precio de mercado estará por encima del precio natural cuando por alguna razón la oferta resulte menor que la demanda efectiva, y por debajo de él.

⁵⁷ Según Deane (1989, págs. 61 y 68), la referencia a Newton corresponde a la representación del mercado.

La economía como sistema autorregulado. «La esencia de la cosmovisión newtoniana radicaba en que partía de dos axiomas, dos artículos de fe sobre el mundo real en sus aspectos sociales y físicos: 1) que se caracterizaba por uniformidades y constancias suficientemente regulares como para tener la fuerza de las leyes de la naturaleza; y 2) que fue diseñado y guiado por un creador inteligente. ... existía una armonía sistemática, divina, en el funcionamiento del universo». Sin embargo, esta visión optimista y simplista del mundo social parece ajena a la tradición de la ilustración escocesa y más cercana a la tradición cartesiana francesa.

⁵⁸ Las curvas de demanda aparecen en la literatura económica más de medio siglo después, con Cournot y Rau.

⁵⁹ Como ya hemos visto, el equilibrio de mercado, es decir, la idea de que el mercado tiene una posición de equilibrio en la que la igualdad entre oferta y demanda es característica de los mercados financieros, no de los mercados de productos industriales. La teoría moderna ha tenido que recurrir a construcciones artificiales, como los «precios de reserva», para extender esta noción a los productos agrícolas y manufacturados. Cabe destacar también que el concepto de equilibrio de mercado no debe confundirse con la idea mucho más vaga de mecanismos de ajuste de mercado.

cuando ocurre lo contrario. En segundo lugar, la desviación del precio de mercado respecto del precio natural provocará reacciones tanto de compradores como de productores; en libre competencia, dichas reacciones tienden a favorecer la resolución de la situación de desequilibrio. A partir de los ejemplos que dio Smith, queda claro que la acción concreta de estas reglas generales depende de las circunstancias, y por lo tanto no es posible formular funciones de reacción precisas para los precios de mercado ante los desequilibrios entre la oferta y la demanda, ni de estas dos últimas variables ante los precios.⁶⁰

Así pues, para Smith la gravitación no es más que una metáfora utilizada para evocar el papel de la competencia como fuerza estabilizadora del mercado. Este es también el papel de la metáfora de la mano invisible, que, además, Smith utiliza solo una vez en *La riqueza de las naciones*, y en un contexto específico (la preferencia de los capitalistas por invertir en los sectores más rentables de la industria nacional en lugar de en países extranjeros, aunque motivada por el interés personal, tiene un efecto positivo para la sociedad, ya que tiende a aumentar la renta nacional, como «guiados por una mano invisible»⁶¹). Esto dista mucho de cualquier teoría basada en mecanismos de equilibrio de mercado, curvas de oferta y demanda, etc. La diferencia puede parecer un avance en cuanto a la exhaustividad formal del análisis, pero implica cambios radicales en los conceptos utilizados por los economistas clásicos, tan radicales que modifican el contexto teórico en una dirección decididamente restrictiva. Tenemos, por lo tanto, una pérdida neta en lo que respecta a la representación conceptual del sistema económico.⁶² Sin embargo, lo que es seguro es que tanto la noción del precio de mercado como variable teórica como la idea de la "mano invisible del mercado" eran totalmente ajenas a Smith.

7. El origen de la división del trabajo: Smith y Pownall

La cuestión del origen de la división del trabajo está relacionada con diversas cuestiones de la filosofía social y constituye su base unificadora. Como veremos ahora al examinar la obra de Smith,

⁶⁰ Añadamos que, como demostraron Egidi en 1975 y Steedman en 1984, estas reglas deberían ser reformuladas remitiéndolas a la tasa de ganancia sectorial en comparación con la tasa general; además, Steedman muestra que en el contexto del análisis multisectorial el signo de la desviación del precio de mercado con respecto al precio natural no es necesariamente el mismo que el de la desviación de la tasa de ganancia sectorial con respecto a la tasa general, en contraste con la suposición de Smith.

⁶¹ Cf. Smith 1776, p. 456: IV.ii.9. El término «mano invisible» es utilizado solo dos veces en otros lugares por Smith, en diferentes obras y contextos (*Historia de la Astronomía*, III.2: Smith, 1795, p. 49; y *Teoría de los Sentimientos Morales*: Smith 1759, p. 184: IV.1.10) y, además, al menos en la primera de estas ocasiones, en tonos algo irónicos. Sobre el tema cf. Rotschild (1994; 2001, pp. 116-56), Gilibert (1998) y Roncaglia (2005). Como señala Gilibert, ni los contemporáneos de Smith ni los estudiantes de su pensamiento hasta mediados del siglo XX prestaron atención al tema de la mano invisible; Esta idea comenzó a plantearse solo después de que Arrow y Debreu desarrollaran la teoría axiomática del equilibrio económico general y los dos llamados teoremas fundamentales de la economía del bienestar, según los cuales la competencia perfecta garantiza un equilibrio óptimo y cualquier equilibrio óptimo puede interpretarse como el resultado de un mercado perfectamente competitivo. De este modo, al atribuir a Smith la idea del mercado como una mano invisible que conduce a equilibrios óptimos, la teoría moderna puede considerarse, en cierto modo, como la culminación del diseño cultural smithiano. En realidad, sin embargo, ambas visiones son bastante diferentes.

⁶² Consideremos, por un lado, la complejidad de las motivaciones de la acción humana dentro del marco analítico smithiano en comparación con el agente económico unidimensional de la teoría moderna, que solo busca maximizar la utilidad y, por otro lado, la desaparición de temas clásicos como los conflictos distributivos y los problemas de empleo si se sostiene que el mercado competitivo garantiza equilibrios óptimos y las variables distributivas (salario, renta, tasa de ganancias) se consideran, bajo competencia, como precios de equilibrio de los "factores de producción".

Las opiniones y las críticas que recibieron de Pownall,⁶³ el origen de la división del trabajo puede rastrearse hasta la propensión humana a la vida social o a diferencias innatas en las habilidades. Las dos tesis tienen implicaciones profundamente diferentes en cuestiones como los fundamentos de la convivencia social, la visión de la estratificación social como un hecho de la naturaleza e incluso la valoración positiva o negativa del trabajo en sí.

Smith abordó la cuestión del origen de la división del trabajo en el capítulo 2 del libro I de *La riqueza de las naciones*:

Esta división del trabajo, de la que se derivan tantas ventajas, no es originalmente fruto de la sabiduría humana, que prevé y busca la opulencia general a la que da lugar. Es la consecuencia necesaria, aunque muy lenta y gradual, de una cierta propensión de la naturaleza humana que no busca tal utilidad: la propensión a comerciar, intercambiar y permutar una cosa por otra.

Si esta propensión es uno de esos principios originales de la naturaleza humana, del que no se puede dar más explicación; o si, como parece más probable, es la consecuencia necesaria de las facultades de la razón y el habla, no corresponde a nuestro presente estudio investigarla. Es común a todos los hombres y no se encuentra en ninguna otra especie animal, que aparentemente no conocen ni este ni ningún otro tipo de contratos.⁶⁴

La tesis de Smith era, entonces, que la división del trabajo se origina en la tendencia de los hombres a entrar en relaciones de intercambio recíproco, o en otras palabras —podríamos decir— de sociabilidad humana. A esta característica Smith también atribuyó el origen del lenguaje; además, distingue a los hombres de los animales. En palabras del propio Smith (1776, p. 26: I.ii.2):

Nadie ha visto jamás a un perro intercambiar de forma justa y deliberada un hueso por otro con otro perro... Cuando un animal quiere obtener algo de un hombre o de otro animal, no tiene otro medio de persuasión que ganarse el favor de aquellos a quienes necesita.

El hombre a veces utiliza las mismas tácticas con sus semejantes... Sin embargo, no tiene tiempo para hacerlo en cada ocasión. En la sociedad civilizada, necesita constantemente la cooperación y la ayuda de grandes multitudes, mientras que toda su vida apenas le alcanza para ganarse la amistad de unas pocas personas. En casi todas las demás especies animales, cada individuo, al alcanzar la madurez, es completamente independiente y, en su estado natural, no necesita la ayuda de ningún otro ser vivo. Pero el hombre necesita casi constantemente la ayuda de sus semejantes, y es inútil que la espere únicamente de su benevolencia. Tendrá más probabilidades de éxito si logra despertar en ellos el amor propio a su favor y les demuestra que les conviene hacer por él lo que les pide.

⁶³ Thomas Pownall (1722-1805) fue gobernador de Massachusetts entre 1757 y 1759; de 1767 a 1780 fue miembro del Parlamento.

⁶⁴ Smith 1776, p. 25: I.ii.1-2. Esta es una tesis que constituye un punto fijo en el pensamiento de Smith; ya la había enunciado, prácticamente en los mismos términos, en las clases universitarias y en el primer borrador de *La riqueza de las naciones* (Smith 1978, p. 347: LJ-A, vi.44; pp. 492-3: LJ-B, 219; pp. 570-1: Borrador temprano, 20-1).

Esta extensa cita resulta útil porque pone de manifiesto un importante paso lógico que Smith dio quizás con demasiada rapidez: pasar de la propensión al trueque como base de la división del trabajo al papel del interés propio para el buen funcionamiento de un sistema basado en la división del trabajo.

Esta conexión implica que la propensión al trueque puede considerarse sociabilidad solo si no confundimos este último concepto con la idea de altruismo. Por otro lado, como vimos en nuestra ilustración de la Teoría de los Sentimientos Morales, Smith consideraba que la economía de mercado se basaba en el interés propio, y no en el mero egoísmo. Es esta especificación de los dos términos, propensión al trueque e interés propio, lo que permite su conexión inmediata.

Volvamos ahora a la propensión al trueque, entendida como el deseo de entrar en contacto con nuestros semejantes, sin tener que asumir costes por ello, sino buscando ventajas. A primera vista, esta idea podría parecer que no difiere mucho de la tesis de Pownall, según la cual:

Como veremos a continuación, la división del trabajo tiene su origen en el deseo de explotar las diferencias innatas en las capacidades laborales de los distintos individuos.

De hecho, Pownall (1776, pp. 338-9) criticó a Smith no por errores en sus afirmaciones, sino porque había interrumpido su análisis demasiado pronto, sin llegar a los primeros principios:

Creo que te has quedado corto en tu análisis antes de llegar a la primera causa natural y principio de la división del trabajo. ... Antes de que un hombre pueda tener la propensión al trueque, debe haber adquirido algo que no desea y debe sentir que hay algo que sí desea, que otra persona ha adquirido a su manera... La naturaleza nos ha formado de tal manera que el trabajo de cada uno debe tomar una dirección especial, en preferencia y exclusión de alguna otra línea de trabajo igualmente necesaria... Las necesidades y deseos del hombre requieren ser satisfechos a través de muchos canales; su trabajo lo satisfará con creces en uno o más; pero debido a la limitación y la dirección definida de sus capacidades, no puede activarlos todos.

Esta limitación de sus capacidades, y la magnitud de sus necesidades, crea necesariamente en cada hombre una acumulación de ciertos bienes y una carencia de otros, y es el principio original de su naturaleza, que crea, mediante la reciprocidad de necesidades, la necesidad de una intercomunidad de suministros mutuos; esta es la causa formativa, no solo de la división del trabajo, sino la causa eficiente de esa comunidad, que es la base y el origen del gobierno civil.

La postura de Pownall tiene dos presupuestos que parecen ajenos a la visión de Smith sobre el funcionamiento de la sociedad y el sistema económico. El primer presupuesto es que cada individuo sabe lo que quiere y lo que los demás pueden ofrecer antes de entrar en contacto con ellos, y en particular antes de entablar relaciones de intercambio. En términos modernos, podríamos decir que Pownall presupone que cada agente económico conoce sus propias habilidades y preferencias, así como los bienes que otros agentes económicos ponen a su disposición, o mejor aún, sus habilidades y preferencias; dicho conocimiento debería ser innato para constituir el origen de la división del trabajo y de los intercambios. El segundo presupuesto de la tesis de Pownall es que existen diferencias originales en las habilidades entre los distintos individuos: tales diferencias, además de

Además de constituir el origen que determina la división del trabajo, también se consideran un presupuesto natural de la estratificación económica de la sociedad.⁶⁵

En lo que respecta al primer aspecto, la visión del individuo como un prius lógico con respecto a la sociedad se opone a la idea smithiana, típica de toda la tradición de la Ilustración escocesa, del ser humano como un ser intrínsecamente social. En cuanto al segundo aspecto, a saber, la existencia de una base natural para las diferenciaciones económicas y sociales, Smith la rechazó explícitamente. De hecho, afirmó que consideraba que las diferentes capacidades laborales se adquirirían principalmente como consecuencia de la división del trabajo.

La diferencia de talentos naturales entre los hombres es, en realidad, mucho menor de lo que creemos; y el genio tan distinto que parece diferenciar a hombres de distintas profesiones, al llegar a la madurez, no es en muchas ocasiones tanto la causa como el efecto de la división del trabajo. La diferencia entre caracteres tan dispares, entre un filósofo y un mozo de cuadra, por ejemplo, parece surgir no tanto de la naturaleza como del hábito, la costumbre y la educación.⁶⁶

El contraste entre el contenido democrático de la tesis smithiana y el elemento conservador.

En la tesis de Pownall, por lo tanto, resulta evidente: un contraste que vale la pena destacar, tanto porque puede ayudarnos a comprender la naturaleza innovadora y progresista de la filosofía social de Smith, como porque el contraste entre ambas visiones se manifestó repetidamente a lo largo del tiempo.⁶⁷

⁶⁵ La doctrina de las diferencias intrínsecas de habilidades ya estaba presente (y era dominante) en la tradición griega y Luego, en el período escolástico. Hacia mediados del siglo XVIII, Galiani (1751, p. 49) retomó esta doctrina, en el marco de una teoría subjetiva del valor: «Por providencia, los hombres nacen con diversas aptitudes, pero en proporciones desiguales de rareza, que se corresponden con asombrosa sagacidad con las necesidades humanas». Este pasaje también señala una dificultad crucial de la visión tradicional: si sostenemos que la distribución de habilidades entre los individuos es innata, solo la mano invisible de la Providencia puede garantizar que la disponibilidad de habilidades se corresponda con las exigencias de la sociedad, puesto que cualquier mecanismo social de ajuste queda excluido por definición.

Galiani (ibid., p. 50) también era consciente de las implicaciones de la doctrina de las diferencias innatas de las capacidades para la distribución de los ingresos, concebida como justa en la medida en que refleja las capacidades innatas del individuo: «Se verá que la riqueza no va a parar a ninguna persona de otra manera que como pago por el justo valor de sus obras».

⁶⁶ Smith 1776, pp. 28-9: I.ii.4. En líneas análogas encontramos la visión smithiana del empresario como una persona normal, con a lo sumo las características de un buen paterfamilias, muy diferente de la visión heroica del empresario que posteriormente propondrían Marshall, y especialmente Schumpeter. En realidad, Smith, con su característica prudencia, no negó la existencia de diferencias individuales originales o, como diríamos hoy, diferencias debidas a características genéticas: lo que sostuvo fue la importancia crucial de los elementos de diferenciación adquiridos a través de las vicisitudes de la vida, y en particular a través de la experiencia laboral. Así, el trabajo adquiere una dimensión adicional, como factor formativo, ya sea positivo o negativo. Esta tesis fue prefigurada cuando Smith (1776, pp.

21-2: II9) señala que «En el progreso de la sociedad, la filosofía o la especulación se convierten, como cualquier otro empleo, en la principal o única ocupación de una clase particular de ciudadanos... se subdividen en un gran número de ramas diferentes...; y esta subdivisión del empleo en filosofía, al igual que en cualquier otro negocio, mejora la destreza y ahorra tiempo. Cada individuo se vuelve más experto en su rama particular».

⁶⁷ La teoría marginalista moderna de las diferencias salariales puede remontarse a la posición de Pownall (diferencias innatas entre los distintos tipos de habilidades personales) o a las distintas capacidades de acumulación e inversión en capital personal, mientras que Smith señaló más bien la importancia de las circunstancias que determinan el rol laboral de cada individuo, en gran medida conectadas con la posición social preexistente, de modo que la estratificación social emerge como un mecanismo dotado de capacidad autorreproductora. Las intervenciones políticas en el campo de la educación, como las sugeridas por Smith en el libro V de La riqueza de las naciones, tienen así no solo la función de un remedio a la perversidad.

8. Liberalismo económico y político: La fortuna de Smith

Afirmar que Smith fue el fundador de la ciencia económica sería erróneo: además de los problemas intrínsecos a la noción de un fundador individual de la economía política, cabe destacar que autores como Petty, Cantillon, Quesnay y muchos otros ya habían abordado el análisis de cuestiones económicas específicas o, de forma más general, del funcionamiento de un sistema social en sus aspectos materiales. De hecho, Smith se basó en gran medida en los numerosos escritos ya existentes sobre estos temas, recurriendo a ellos en muchos aspectos. Quizás, en comparación con autores anteriores, la característica distintiva de Smith fue la de ser un académico que, si bien trataba el objeto de su análisis bajo el estímulo de la pasión política, se mantenía suficientemente alejado de los problemas e intereses inmediatos y, sobre todo, dedicaba gran esmero y una enorme cantidad de tiempo a la definición precisa y la presentación rigurosa de sus ideas, con una gran capacidad para mediar entre diferentes puntos de vista y tesis, captando los elementos positivos de cada una de ellas.

Esta sutileza propia de Smith, su rechazo a tesis categóricas sin matices ni especificaciones, hace que la interpretación de sus obras sea a la vez compleja e interesante. En las próximas páginas, analizaremos algunos ejemplos de cuestiones interpretativas que han suscitado especial interés.

El primero de estos ejemplos se refiere al liberalismo de Smith. Cabe destacar, en este sentido, que la postura de Smith respecto a los principales temas políticos de su época, como el conflicto por la independencia de las colonias americanas, era progresista. En la Francia prerrevolucionaria y posrevolucionaria, la riqueza de las naciones fue bien recibida por los sectores progresistas de la época, incluido Condorcet (1743-1794), quien publicó un resumen en 1791 (mientras que, tras su muerte, su viuda, Madame de Grouchy, preparó una traducción de *La teoría de los sentimientos morales*). En Inglaterra, Smith se convirtió, en los años inmediatamente posteriores a su fallecimiento, en un referente para pensadores radicales como Thomas Paine (1737-1809) y Mary Wollstonecraft (1759-1797).

Junto con Hume, Smith fue visto como un subversivo peligroso por los intelectuales conservadores de la época. La cuestión es que todos estos pensadores, tanto si estaban a favor como en contra de las ideas de Smith, no veían diferencia alguna en su pensamiento entre el liberalismo político y el liberalismo económico, entre la defensa de la libertad política y la defensa del libre comercio.⁶⁸

los efectos que la división del trabajo tiene sobre la naturaleza humana, pero también la función de un mecanismo democrático de fluidificación de la estratificación social.

⁶⁸ La historia de estas primeras lecturas progresistas de Smith, y de la posterior reinterpretación conservadora, se ilustra en un interesante artículo de Emma Rothschild (1992). Según su reconstrucción, «Para Smith, la libertad consiste en no ser interferido por otros: en ningún aspecto de la vida, ni por ninguna fuerza externa (iglesias, supervisores parroquiales, corporaciones, inspectores de aduanas, gobiernos nacionales, amos, propietarios)» (ibíd., p. 94). Véase también Rothschild 2001, pp. 52-71.

En este sentido, también podemos recordar un aspecto del liberalismo de Smith —su reticencia hacia los empresarios que asumen un papel político directo— que parece relevante en la política contemporánea, pero que tiene una validez general:

Sin embargo, el interés de los comerciantes en cualquier rama particular del comercio o la manufactura siempre es, en algunos aspectos, diferente e incluso opuesto al del público. ... La propuesta de cualquier nueva ley o regulación del comercio que provenga de este orden debe escucharse siempre con gran precaución y nunca debe

La situación experimentó un cambio radical en los años inmediatamente posteriores. La opinión pública inglesa reaccionó con vehemencia ante los excesos de la Revolución Francesa (el Terror), lo que inicialmente se tradujo en una creciente desconfianza hacia el liberalismo smithiano. Sin embargo, pronto, gracias sobre todo al primer biógrafo de Smith, Dugald Stewart (1753-1828), se inició una reinterpretación del pensamiento smithiano con el objetivo de hacerlo más aceptable, basándose precisamente en la distinción entre liberalismo económico y político. Con esta reinterpretación minuciosa, una tesis políticamente progresista que ponía de relieve la necesidad de combatir las concentraciones de poder de cualquier tipo se transformó en una tesis conservadora: la de otorgar la máxima libertad de acción a los empresarios, lo que en la etapa de industrialización llegó incluso a adquirir tintes reaccionarios, sirviendo para justificar una total indiferencia de la nueva clase empresarial hacia los elevados costes humanos de las nuevas tecnologías productivas y la miseria generalizada que estas generaban: muy lejos de la sensibilidad que el economista escocés demostró repetidamente por el sufrimiento humano y de su interés por la mejora continua del nivel de vida de la gran mayoría de la población.⁶⁹

Para comprender mejor el liberalismo de Smith, podemos consultar los Libros IV y V de *La riqueza de las naciones*. La mayor parte del Libro IV se dedica a la crítica del «sistema comercial o mercantil», entendido más como un conjunto de intervenciones del Estado-nación en la economía que como un sistema teórico de economía política o, quizás mejor, como un conjunto de ideas comúnmente agrupadas bajo la etiqueta de «mercantilismo». ⁷⁰ La restricción de las importaciones, el apoyo a las exportaciones, los tratados que establecen preferencias comerciales y las colonias se examinan en detalle y se someten a críticas específicas. Un capítulo sobre el sistema fisiocrático («agrícola») cierra el libro, pero también aquí el análisis consiste en la crítica de casos específicos de intervención estatal activa y una defensa del «sistema obvio y sencillo de la libertad natural» (Smith 1776, p. 687: IV.ix.51).

Debe adoptarse solo después de haber sido examinado minuciosamente y con la mayor atención, no solo con el más escrupuloso, sino también con la más suspicaz. Proviene de un tipo de hombres cuyos intereses nunca coinciden exactamente con los del público, que generalmente tienen interés en engañar e incluso oprimir al público, y que, en consecuencia, en muchas ocasiones lo han engañado y oprimido (Smith 1776, p. 267: I.xi.p.10).

⁶⁹ La visión conservadora del liberalismo económico se consolidó como dominante a partir de principios del siglo XIX y, desde entonces, ha seguido tomando como referencia a Smith, a pesar del giro interpretativo ilustrado anteriormente. En las últimas décadas, por ejemplo, la escuela de Chicago se ha situado directamente en la línea de Smith, a pesar de la cautela expresada originalmente por los más cultos de sus exponentes (cf. Viner, 1927). En Italia, podemos recordar el ultraliberalismo de Francesco Ferrara (1810-1900), editor de la primera serie de la importante Biblioteca Dell'Economista (Cugini Pomba Editori-librai, Turín), cuyo segundo volumen (1851) ofrece a los lectores una traducción italiana de *La riqueza de las naciones*.

⁷⁰ El Libro IV también contiene una «digresión sobre bancos de depósito» (Smith 1776, pp. 479-88: IV.iii.b), que, junto con los capítulos 2 y 4 del Libro II (ibid., pp. 286-329 y 350-9: II.ii y II.iv), constituye la principal referencia para el tratamiento que hace Smith de los asuntos monetarios y financieros. En líneas generales, Smith consideraba que el tipo de interés estaba determinado por la oferta y la demanda de préstamos, donde la demanda está influenciada por el rendimiento esperado, es decir, la tasa de beneficios vigente; las leyes de usura, que establecen un límite máximo al tipo de interés, favorecen la acumulación. Los bancos pueden ser inducidos por «pródigos y proyectores» (ibid., p. 357: II.iv.15) a una sobreemisión de billetes; la regla que los bancos deben seguir es la llamada doctrina de las letras reales, que dominaría el campo durante más de un siglo y que sostenía que la emisión de billetes bancarios debía limitarse al descuento de letras comerciales sólidas. Las ideas de Smith sobre el dinero y la banca han sido objeto de un animado debate interpretativo; cf. por ejemplo Laidler 1981; Gherity (1994) reconstruye el desarrollo del pensamiento de Smith sobre este tema.

«Libertad natural» significa libertad política y económica, pero dentro de un conjunto de reglas respaldadas por la intervención pública y las instituciones públicas. Como regla general (ibíd., págs. 687-8: IV.ix.51):

Según el sistema de libertad natural, el soberano tiene solo tres deberes que atender: primero, el deber de proteger a la sociedad de la violencia y la invasión de otras sociedades independientes; segundo, una administración exacta de justicia; y tercero, el deber de erigir y mantener ciertas obras públicas y ciertas instituciones públicas, cuya erección y mantenimiento nunca puede ser de interés para ningún individuo o pequeño grupo de individuos; porque el beneficio nunca podría compensar el gasto para ningún individuo o pequeño grupo de individuos, aunque con frecuencia puede hacer mucho más que compensarlo para una gran sociedad.

El Libro V de La riqueza de las naciones continúa tratando los «ingresos del soberano o la república»: primero los gastos de defensa y justicia, pero también las obras públicas —principalmente infraestructuras de transporte: canales navegables, carreteras, puentes— y la educación, con una larga sección dedicada a esta última, en marcado contraste con la media página dedicada a «el gasto de mantener la dignidad del soberano»,⁷¹ y luego los ingresos públicos. Smith prefería que el gasto público se financiara con impuestos en lugar de con deuda pública; y en cuanto a los impuestos, se establecieron e ilustraron claramente cuatro principios que se convertirían en canónicos: tributación proporcional, certeza, menor inconveniente para el contribuyente y bajo costo de recaudación.⁷²

En resumen, Smith no era un liberal dogmático, sino pragmático: muy crítico no solo de las instituciones feudales y de las políticas características del estado absolutista, sino también de las concentraciones capitalistas de poder económico, y receloso ante la inclinación de los comerciantes a establecer monopolios.

Otro problema interpretativo⁷³ surge de la comparación entre los Libros I y IV de La riqueza de las naciones, en relación con la posición aparentemente contradictoria que adopta Smith respecto a la división del trabajo. En el Libro I, la división del trabajo se exalta como fundamento de los aumentos de productividad, por lo tanto, del bienestar de la población y del progreso cívico mismo; en el Libro V, en un pasaje frecuentemente citado al que se hace referencia como precursor de la teoría marxista de la alienación, pero

⁷¹ Ibíd., pág. 814: Vih Se dedica un análisis específico a las «compañías reguladas para el comercio exterior» y a las sociedades anónimas. Smith (1776, pág. 731: Vie2) reconoció que «algunas ramas particulares del comercio, que se llevan a cabo con naciones bárbaras e incivilizadas, requieren una protección extraordinaria»; pero su análisis detallado de los asuntos reales de la Compañía del Mar del Sur, la Compañía de las Indias Orientales e instituciones similares se convierte luego en una verdadera acusación (ibíd., págs. 731-56: Vie1-34).

⁷² 'I. Los súbditos de cada estado deben contribuir al sostenimiento del gobierno, en la medida de lo posible, en proporción a sus respectivas capacidades; es decir, en proporción a los ingresos que disfrutaban respectivamente bajo la protección del estado. ... II. El impuesto que cada individuo está obligado a pagar debe ser cierto y no arbitrario. El momento del pago, la forma de pago, la cantidad a pagar, todo debe ser claro y sencillo para el contribuyente y para cualquier otra persona. ... III. Todo impuesto debe recaudarse en el momento o de la manera que sea más conveniente para el contribuyente pagarlo. ... IV. Todo impuesto debe diseñarse de tal manera que retire y conserve de los bolsillos de la gente lo menos posible por encima de lo que ingresa al tesoro público del estado (Smith 1776, pp. 825-6: V.ii.b.3-6).

⁷³ Sobre la historia de este debate, que se remonta a Marx, cf. Rosenberg 1965. Las implicaciones negativas de la La división del trabajo fue ampliamente reconocida en el entorno de la Ilustración escocesa, por ejemplo por Ferguson (1767, parte 2, capítulo 4: 'De la subordinación consecuente a la separación de las artes y las profesiones').

lo que más bien apunta a la pérdida de las virtudes cívicas, Smith enfatizó las características negativas del trabajo fragmentado, que puede convertir al hombre en una bestia:

Con el avance de la división del trabajo, la mayor parte de quienes viven del trabajo, es decir, la gran mayoría de la población, se limita a unas pocas operaciones muy sencillas; frecuentemente a una o dos. Pero el entendimiento de la mayoría de los hombres se forma necesariamente a través de sus ocupaciones cotidianas. El hombre que dedica toda su vida a realizar unas pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son, quizás, siempre los mismos o casi los mismos, no tiene ocasión de ejercitar su entendimiento ni su ingenio para encontrar soluciones a problemas que nunca se presentan. Por lo tanto, pierde naturalmente el hábito de tal esfuerzo y, por lo general, se vuelve tan estúpido e ignorante como puede serlo un ser humano. El letargo de su mente lo vuelve incapaz no solo de disfrutar o participar en una conversación racional, sino también de concebir un sentimiento generoso, noble o tierno, y, en consecuencia, de formarse un juicio justo sobre muchos de los deberes cotidianos de la vida privada. Es completamente incapaz de juzgar los grandes y extensos intereses de su país.⁷⁴

Sin embargo, la contradicción entre los Libros I y IV de La riqueza de las naciones, entre las visiones optimista y pesimista de la división del trabajo, es solo aparente. No debería sorprendernos que un autor como Smith, tan meticuloso al captar las distintas facetas de cualquier cuestión, atribuyera diversos efectos, algunos positivos y otros negativos, a una misma causa. Del contexto se desprende claramente que Smith consideraba predominantes los efectos positivos de la división del trabajo. De hecho, ante los efectos negativos concomitantes, no dudó ni un instante en el camino a seguir y, lejos de plantear dudas sobre la oportunidad de profundizar continuamente la división del trabajo, propuso recurrir a la educación primaria como contrapeso.

En este sentido, hay un aspecto que conviene destacar, ya que constituye quizás el principal punto de diferencia entre la filosofía social de Smith y la de Marx, y sobre el cual podemos sostener que el filósofo escocés tenía razón. Tanto Smith como Marx eran plenamente conscientes de las implicaciones negativas de la división del trabajo y de la necesidad de trabajar (o «trabajo obligatorio») que la acompaña. Sin embargo, Marx sostenía que la dura necesidad del trabajo obligatorio puede superarse en una sociedad comunista, en la que será posible alcanzar el pleno desarrollo de las fuerzas productivas, lo que «me permite hacer una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado por la noche, criticar después de cenar, según me plazca, sin llegar a ser cazador, pescador, pastor o crítico».⁷⁵ La posibilidad de alcanzar la plena libertad del trabajo obligatorio justifica moralmente, y hace políticamente aceptables, los costes en sangre y lágrimas de la revolución proletaria y de la posterior dictadura del proletariado, como etapas necesarias (junto con

⁷⁴ Smith 1776, págs. 781-2: Vif50. Antes de Smith, podemos rastrear la noción de alienación en los escritos de los suizos. Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), a quien Smith conoció a través de Hume. A diferencia de Smith, Rousseau es un crítico radical de la economía de mercado: cf. Colletti 1969b, pp. 195-292.

⁷⁵ Marx y Engels 1845-46, pág. 265.

con acumulación capitalista) para el desarrollo de las fuerzas productivas que constituye la premisa indispensable para alcanzar el objetivo final.

Smith, por el contrario, consideraba claramente imposible superar la división del trabajo.

El aumento de la productividad y el creciente bienestar económico, posibilitados por la profundización de la división del trabajo, constituyen el presupuesto del progreso en las sociedades humanas. Sin embargo, este proceso se concibió como continuo, sin que se vislumbrara una salida a la estructura de las economías de mercado ni una superación de sus limitaciones y defectos, como el trabajo obligatorio y las desigualdades sociales. Esta visión smithiana puede compararse con las tesis reformistas presentes en el debate político contemporáneo, que contraponen las corrientes de pensamiento conservadoras, que consideran inútil cualquier intervención destinada a contrarrestar el malestar social, con las esperanzas revolucionarias de una palingénesis social.⁷⁶

Una fe profunda en el ser humano, aunque reconocido como esencialmente imperfecto, y en las posibilidades de progreso de las sociedades humanas, constituía el elemento común para Smith y para la cultura ilustrada del siglo XVIII. Pero también, y principalmente, constituye el mensaje positivo que convierte la obra del pensador escocés en un punto de referencia fundamental para la reflexión sobre el ser humano y la sociedad.

⁷⁶ Cf. Roncaglia 1989 sobre Smith y 1995 sobre Marx; Roncaglia 2024, pp. 203-70 sobre conservador, revolucionario y perspectivas reformistas.

Referencias

El año que aparece después del nombre del autor indica la fecha original de publicación, salvo en el caso de obras anteriores a 1500. En ocasiones, la fecha original de redacción se indica entre corchetes. Las referencias a páginas en el texto corresponden a la última de las ediciones citadas a continuación que no aparece entre corchetes.

Cuando no se trata de una edición en inglés, la traducción de los pasajes citados en el texto es mía.

Anónimo, 1701. Consideraciones sobre el comercio con las Indias Orientales. Londres: J. Roberts; reimpresso en McCulloch, 1856, págs. 541-629.

Aspromourgos, T. 2009. La ciencia de la riqueza. Adam Smith y la conceptualización de la economía política. Abington: Routledge.

Blaug, M. 1962. Teoría económica en retrospectiva. Chicago: Richard D. Irwin; quinta edición. Cambridge: Cambridge University Press 1996.

Colletti, L. 1969. Ideologia e Società. Bari: Laterza; segunda ed. 1970.

Corsi, M. 1991. División del trabajo, cambio técnico y crecimiento económico. Aldershot: Avebury.

Corsi, M. 1995. 'L'Approccio Stocastico Nelle Teorie della Distribuzione del Reddito', en M. Corsi ed., Le Diseguaglianze Economiche, Torino: Giappichelli, págs. 1-47.

D'Alembert, J. 1751. 'Discours préliminaire', en J. D'Alembert y D. Diderot eds., Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers, par une Société de Gens de Lettres. Livourne: Imprimerie des éditeurs, vol. 1, págs. i-xliv; repr. París: Éditions Gauthier, 1965.

Deane, P. 1989. El Estado y el sistema económico. Oxford: Oxford University Press.

Dobb, M. 1973. Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith. Cambridge: Cambridge University Press.

Egidi, M. 1975. 'Stabilità ed instabilità degli schemi sraffiani', Economia Internazionale 28: 3-41.

Ferguson, A. 1767. Ensayo sobre la historia de la sociedad civil. Edimburgo: A. Kinkaid y J. Bell; reimpresión, D. Forbes ed., Edimburgo: Edinburgh University Press 1966.

Galiani, F. 1751. Della Moneta. Nápoles: Giuseppe Raimondi; segunda ed. Nápoles: Stamperia simoniana 1780; repr. Milano: Feltrinelli 1963. (traducción al inglés, On Money, ed. de PR Toscano, Ann Arbor: University Microfilm International 1977).

Gherity, JA 1994. 'La evolución de la teoría bancaria de Adam Smith', Historia de la política Economía 26: 423-41.

Gilibert, G. 1998. 'Mani visibili, invisibili e nascoste', en SISSA-Laboratorio interdisciplinare, Laboratorio dell'immaginario científico, Adam Smith e Dintorni, Napoli: Cuen, págs. 137-56.

Giuliani, A. 1997. *Giustizia ed Ordine Economico*. Milán: Giuffrè.

Hollander, S. 1973. *La economía de Adam Smith*. Toronto: University of Toronto Press.

Hosseini, H. 1998. 'Buscando las raíces de la división del trabajo de Adam Smith en la Persia medieval', *Historia de la Economía Política* 30: 653-81.

Hume, D. 1939-40. *Tratado de la naturaleza humana*. 3 vols., Londres: John Noon; reimpresión Oxford: Clarendon Press 1978; reimpresión Bristol: Thoemmes 1990.

Hume, D. 1777. *El legado de David Hume, Esq.: Escrito por él mismo*. Londres: William Strahan; reimpreso en *Hume, Ensayos: morales, políticos y literarios*, pp. xxviii-xlix.

Kant, I. 1784. 'Idee zu einer allgemeinen Geschichte in Weltbürgerlicher Absicht', *Berlinische Monatsschrift* 4: 385-411. Traducción italiana, *Idea di Una Storia Universale dal Punto di Vista Cosmopolitico*, en Kant 2009, *Scritti Politici*. Milán: Mondadori, págs. 123-39. (Traducción al inglés, *Perpetual Peace*, ed. por M. Campbell Smith, Nueva York: Garland 1972).

Laidler, D. 1981. 'Adam Smith como economista monetario', *Canadian Journal of Economics* 14: 185-200.

Macfie, AL 1967. *El individuo en la sociedad*. Londres: Allen & Unwin.

Marx, K. y Engels, F. [1845-46] 1932. *Die Deutsche Ideologie*. Berlín: Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA). Trad. al inglés, *The German Ideology*, Londres: Lawrence and Wishart 1939; citas de Marx y Engels 1959, pp. 287-302.

Meek, RL 1977. *Smith, Marx y después*. Londres: Chapman and Hall.

Mill, JS 1859. *Sobre la libertad*. Londres: JW Parker. Reimpresión. Northbrook (Illinois): AHM Publishing Co. 1947.

Montesquieu, C.-L. de Secondat de 1748. *De l'Esprit des Lois*. 2 voll, Ginebra: Barillot et Fils.

Traducción al inglés, *El espíritu de las leyes*, editado por AM Cohler, BC Miller y HS Stone, Cambridge: Cambridge University Press 1989.

More, T. 1516. *Utopía*. Lovaina: T. Martens. Trad. inglesa, *Utopía*, en *The Complete Works of St. Thomas More*, vol. 4, E. Surtz y JH Hexter eds., New Haven: Yale University Press 1965;

O' Donnell, R. 1990. *La teoría del valor y la distribución de Adam Smith. Una reevaluación*. Nueva York: St. Martin's Press.

Pack, SJ 1991. *El capitalismo como sistema moral*. Aldershot: Edward Elgar.

Petty, W. 1690. *Aritmética política*. Londres: Robert Clavel y Henry Mortlock; reimpreso en Petty 1899, pp. 233-313.

Petty, W. 1899. *Escritos económicos*. C. Hull ed., 2 vols., Cambridge: Cambridge University Press; reimpresión Nueva York: Augustus M. Kelley 1963.

Pownall, T. 1776. Carta del gobernador Pownall a Adam Smith, LLDFRS, que examina varios puntos de doctrina expuestos en su «Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones». Londres; reimpresión. Nueva York: Augustus M. Kelley 1967; reimpresión en Smith 1977, págs. 337-76.

Quesnay, F. 1758-59. Tableau Économique. París (primera ed., 1758; segunda ed., 1759; tercera ed., 1759). Reimpreso con traducción al inglés en M. Kuczynski y RL Meek, Quesnay's Tableau Économique, Londres: Macmillan y Nueva York: Kelley, 1972.

Quesnay, F. 1765. 'Observaciones sobre el derecho natural de los hombres reunidos en sociedad', Journal de l'Agriculture, du Commerce et des Finances 2 (primera parte): 1-35; repr. en INED 1958, págs. 729-42.

Raphael, DD 2007. El espectador imparcial. La filosofía moral de Adam Smith. Oxford: Clarendon Press.

Raphael, DD y Macfie, AL 1976. 'Introducción' a Smith 1759, edición crítica, págs. 1-52.

Ravix, J. y Romani, P.-M. editores. 1997. Turgot. Formación y distribución de riquezas. París: Flammarion.

Roncaglia, A. 1989. 'Crecimiento económico italiano: una visión smithiana', Quaderni di Storia dell'Economia Politica 7: 227-34.

Roncaglia, A. 1995. 'Comentario', Historia de la Economía Política 27: 189-93 [2n76]

Roncaglia, A. 2005. Il Mito della Mano Invisibile. Roma-Bari: Laterza.

Rosenberg, N. 1965. 'Adam Smith sobre la división del trabajo: ¿dos puntos de vista o uno?', Economica 32: 127-39.

Ross, IS 1995. La vida de Adam Smith. Oxford: Clarendon Press.

Rothschild, E. 1992. 'Adam Smith y la economía conservadora', Economic History Review 45: 74-96.

Rothschild, E. 1994. 'Adam Smith y la mano invisible', American Economic Review. Papers and Proceedings 84: 319-22.

Rothschild, E. 2001. Sentimientos económicos. Adam Smith, Condorcet y la Ilustración. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press.

Schumpeter, J. 1954. Historia del análisis económico. E. Boody Schumpeter ed., Nueva York: Oxford University Press.

Skinner, A. y Jones, P. (eds.). 1992. Adam Smith: Reseña. Edimburgo: Edinburgh University Press.

Skinner, A. y Wilson, T. (eds.). 1975. Ensayos sobre Adam Smith. Oxford: Oxford University Press.

Smith, A. 1759. La teoría de los sentimientos morales. Londres: A. Millar; edición crítica, DD Raphael y AL Macfie eds., Oxford: Oxford University Press 1976.

Smith, A. 1776. Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. Londres: W. Strahan y T. Cadell; edición crítica, RH Campbell y AS Skinner eds., Oxford: Oxford University Press 1976.

Smith, A. 1795. Ensayos sobre temas filosóficos. Londres: T. Cadell y W. Davies; edición crítica, WPD Wightman y JC Bryce eds., Oxford: Oxford University Press 1980.

Smith, A. 1977. Correspondencia. EC Mossner y IS Ross eds., Oxford: Oxford University Press.

Smith, A. 1978. Lecciones de jurisprudencia. RL Meek, DD Raphael y PG Stein (eds.), Oxford: Oxford University Press.

Smith, A. 1983. Lecciones sobre retórica y bellas letras. JC Bryce ed., Oxford: Oxford University Press.

Sraffa, P. 1960. Producción de mercancías por medio de mercancías. Cambridge: Cambridge University Press.

Steedman, I. 1984. 'Precios naturales, tasas de beneficio diferenciales y el proceso competitivo clásico', Manchester School 52: 123-39; reimpreso en Steedman I. 1989, pp. 98-116.

Steedman, I. 1989. De la explotación al altruismo. Cambridge: Polity Press.

Stewart, D. 1794. 'Relato de la vida y los escritos de Adam Smith LL. D.', Transacciones de la Royal Society of Edinburgh 3: 55-137; reimpreso en Smith 1795 (1980), pp. 269-332.

Stigler, GJ 1951. 'La división del trabajo está limitada por la extensión del mercado', Journal of Political Economy 59: 185-93.

Sylos Labini, P. 1976. 'Competencia: los mercados de productos', en Wilson y Skinner (eds.), págs. 200-32.

Sylos Labini, P. 1984. Las fuerzas del crecimiento y el declive económico. Cambridge (Massachusetts): MIT Press.

Turgot, A.-R.-J. [1766]. Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses. Publ. en 1769-70 en Ephémérides du Citoyen con cambios introducidos por DuPont de Nemours; texto original en Schelle, 1913-23, vol. 2, págs. 533-601; repr. en Ravix y Romani eds. 1997, págs. 157-226.

Viner, J. 1927. 'Adam Smith y el laissez-faire', Journal of Political Economy 35: 198-232; reimpreso en Viner 1991, pp. 85-113.

West, EG 1976. Adam Smith. El hombre y su obra. Indianápolis: Liberty Press.

Wilson, T. y Skinner, AS (eds.). 1976. El mercado y el Estado. Oxford: Clarendon Press.

Winch, D. 1978. La política de Adam Smith. Cambridge: Cambridge University Press.